

CRISTIANDAD



137

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

1 DICIEMBRE

1949

La definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen en el año 54 del pasado siglo representó no sólo para el Papa Pío IX sino para todo el pueblo cristiano una señal de esperanza y victoria contra los errores modernos y contra los enemigos de la Iglesia.

Desde entonces los Papas no han dejado de relacionar de modo cada vez más íntimo con la confianza en la mediación de la Inmaculada Virgen y en la misericordia de su Corazón maternal, su esperanza sobrenatural en el advenimiento al mundo de la paz cristiana en medio de las crecientes dificultades de nuestros tiempos.

Este número quiere proponer a la meditación de sus lectores algunos textos en los que resalta de modo especial y concreto este pensamiento, entre ellos unas páginas de San Luis María Grignon de Montfort, que entre los santos de los tiempos modernos sobresale de un modo especial entre los que presentan bajo esta luz la misión de la devoción a la Santísima Virgen.

EDITORIAL: **Un dogma, antídoto**, por Antonio Udina, S. I. (pág. 481).

DEL TESORO PERENNE: **La esperanza de Pío IX: La salvación del mundo por María** (págs. 482 a 484); **Oficio especial de María en los últimos tiempos**, por San Luis M.^a Grignon de Montfort (págs. 485 y 486); **Ut Adveniat Regnum Tuum, Adveniat Regnum Mariae**, por el Rvdo. P. Jorge Burns S. I. (págs. 486 a 488); **El Santo Padre enuncia algunas normas fundamentales a las que han de atenerse los juristas católicos** (págs. 492 a 494); **Exhortación apostólica «Sollemnibus Documentis»** (pág. 495).

PLURA UT UNUM: **La Inmaculada, vencedora de la Serpiente**, por el P. Francisco de P. Solá, (págs. 489 y 490).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad (VII)**, por José Oriol Cuffi Canadell (págs. 496 y 497).

DE ACTUALIDAD: **El problema Judío a la luz de la Sagrada Escritura**, por J. Straubinger (págs. 498 a 501); **El pueblo de Israel: Una congregación para su vuelta a la Iglesia**, por J. Martínez Mari (págs. 502 y 503); **La Justicia y la Caridad, pilares de la sociedad civil.—La situación religiosa en la China comunista**, por J. O. C. (pág. 504).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Joaquín Mascaró, Ignacio M.^a Serra Goday y otros.



Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.

EL TIBIDABO

Organo bimensual del
TEMPLO NACIONAL EXPIATORIO
en la cumbre del Tibidabo

EPOCA II

Suscripción anual

Suscripción ordinaria 12'— ptas.
» de colaborador 30'— »
» de bienhechor 100'— »

Redacción y Administración: Paseo Dom Bosco, 74
BARCELONA

CATOLICISMO

O

BARBARIE

por

José-Oriol Cuffí Canadell

ALGUNOS JUICIOS CRITICOS SOBRE ESTA OBRA

«El autor manifiesta el mal, busca las raíces del mismo y recuerda la historia de los últimos años, que han hundido al mundo en este abismo de males.

»Cuanto afirma el autor, está confirmado por los textos de los documentos pontificios de estos años definitivamente críticos».

J. Serrat, S. I. *Perseverancia*, octubre de 1949

«Libro precioso, tenazmente concebido y escrito, que se lee por curiosidad y acaba dominando la mente y la voluntad del lector.

»Felicitamos de corazón al autor y al editor por su bella presentación y nos atrevemos a rogar al señor Cuffí que nos envíe pronto otro libro como éste y el anterior, «La cuestión de Palestina», que se distinguen por su claridad, orden, interés y método en la exposición».

Revista Franciscana, octubre de 1942

«No esperábamos, al abrir este libro, que se tratase de un estudio amplio y profundo de la política mundial del tiempo presente, y así nuestra sorpresa fué muy agradable al leerlo y encontrarnos con un volumen en el que su autor, maestro en estas lides, expone una singular y certera interpretación de los fenómenos internacionales que tenemos ante nosotros — cuya sucesión tanto suele desconcertar al público —, y analiza a la luz de la Verdad eterna las causas que han llevado a las naciones a la confusa situación actual, así como el remedio que a éste puede caber».

La Prensa, 24 de octubre de 1949

CATOLICISMO O BARBARIE

por **José-Oriol Cuffí Canadell**

De venta en las principales librerías
y en la Administración de “CRISTIANDAD”

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 100'— Ptas.

Semestral 50'— »

Trimestral 25'— »

Número ordinario 5'— ptas.

Encuadernar 25'— »

Tomo encuadernado . . . 125'— »

A. G. S. A.

AUTO-GUARNICIONERIA, S. A.

Fabricación de Lonas y Lonetas para Vestuario, Alpargatas, Toldos, Capotas, Sacos, etc.

Almacenes Suministros Industriales - Material
para el Automóvil - Accesorios - Tapicerías
Cueros - Pinturas - etc.

Gerona, 71

BARCELONA

Casa Balcázar, S. A.

IMPORTACION Y EXPORTACION
DE PIELES

Miembros de las Cámaras de Comercio de Inglaterra
y de los Estados Unidos

Teléfonos 11512-11513

Diputación, 257

BARCELONA (7)

CRISTIANDAD

NÚMERO 137 - AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448
BARCELONA

1 Diciembre 1949

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 225675
MADRID

UN DOGMA, ANTIDOTO

Era —hace un siglo— cuando aquel movimiento ideológico-social que se llama la revolución andaba triunfante por tierras de Europa y América. Hasta los Estados Pontificios recibieron sus salpicaduras... y más que salpicaduras.

Y muy poco tiempo después, el Papa define un nuevo dogma de fe: el de la Inmaculada Concepción. Una definición preparada y confirmada por el cielo, y una definición antídoto.

Preparada, poco antes, por el cielo, cuando Santa Catalina Labouré vió aquel sobrenaturalmente inspirado modelo de medalla milagrosa, en que alrededor de la efigie de María leyó: «¡Oh María sin pecado concebida!».

Confirmada, también, algunos años después por el cielo, cuando a Santa Bernardeta Soubirous se dió a conocer el personaje de la celeste aparición con estas palabras: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

Y una definición antídoto. «La Revolución», heredera de la «Revolución Francesa» proclamaba la libertad, la igualdad y la fraternidad, la pseudo ciencia reclamaba la superioridad e independencia de la razón respecto a la fe. Y el nuevo dogma proclama que una sola criatura ha venido al mundo libre de la esclavitud diabólica que a todos nos oprime hasta el momento de la regeneración sobrenatural por las aguas del Bautismo, que no hay igualdad, sino un abismo de diferencia entre María y el hombre, entre el justo y el pecador, que no hay fraternidad, sino hostilidad completa entre la mujer con su descendencia y el demonio con la suya, que no hay, finalmente, supremacía e independencia de la razón, sino una autoridad y una maestra de ella: la Fe.

La definición de la Inmaculada es la réplica a la Revolución y al Racionalismo (los mismos perros con distintos collares) y ha sido el antídoto contra estas calamidades.

Es difícil precisar hasta qué punto ha sido eficaz el antídoto. Pero que, en mayor o menor grado lo ha sido es evidente. Hoy, Revolución y Racionalismo, están, sino muertos, sí heridos de muerte y por tanto fracasados. Pío IX, Congregante Mariano, añadió una nueva joya a la corona de su Reina y Señora, y ésta, a su vez, engastó otra en la tiara de su hijo predilecto: la infalibilidad pontificia, y en el corazón de muchos, muchísimos hijos suyos, un positivo y poderoso aumento de vida sobrenatural: la Comunión frecuente, la difusión de la práctica de la oración mental y del Santo Rosario, una más ardiente adhesión al Papa...

Los perros han cambiado de collar, porque el collar de la Revolución y del Racionalismo han quedado inservibles. El nuevo collar se llama Materialismo. Materialismo en la ciencia, materialismo en la vida pública, en la política —materialismo en la vida privada—, ansia de riqueza, de placer, de diversión...

¿Es la definición de la Inmaculada antídoto contra estos males? Lo es. Pero esperamos en el próximo Año Santo —o cuando Dios crea llegada la hora—, un nuevo antídoto más adecuado todavía, pero mariano también —porque de María es de quien se dice «cunctas haereses sola interemisti in universo mundo»—su Asunción.

Contra el afán de acumular los que ya tienen y la falta de resignación en los que no tienen, la proclamación del premio ganado por una doncella, en espíritu y en realidad pobre, contra el ansia de placer, la proclamación del premio a una Regina Martyrum, cuya alma había de atravesar una espada de dolor, que desde el primer instante de la existencia terrena de su Hijo, supo que criaba a una víctima destinada al sacrificio, contra el ansia de goces la proclamación del premio a una mujer que, aceptando las cargas del matrimonio, renuncia a sus goces lícitos, contra el apego al mundo, «assumpta est María in caelum... et in capite eius, corona...»

¿Será el Año Santo de 1950 el año de la definición de la Asunción y el año del golpe mortal para el Materialismo? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que también la Inmaculada Concepción es antídoto contra el Materialismo. Y que quienes vayan a Roma —como peregrinos, no como turistas, con espíritu y con práctica de penitencia y oración— habrán roto una lanza, muchas lanzas, contra el Materialismo.

ANTONIO UDINA, S. I.

Vice-Director de la Congregación de la Inmaculada de Barcelona



LA ESPERANZA DE PIO IX

LA SALVACION DEL MUNDO POR MARIA

Y alimentamos una esperanza ciertísima y la mayor confianza de que esta misma Virgen, toda hermosa e Inmaculada que pisó la cabeza venenosa de la cruel serpiente, y trajo la salud al mundo anunciada por los Profetas y Apóstoles; y honor de los Mártires y alegría y corona de todos los Santos, refugio segurísimo y ciertísimo auxiliar de cuantos se hallan en peligro, poderosa mediadora y conciliadora de todo el orbe acerca de su Unigénito Hijo, y decoro, ornamento clarísimo y firme apoyo de la Santa Iglesia, destruyó siempre todas las herejías y libró a los pueblos y naciones fieles de las mayores calamidades salvándonos a Nos mismo de riesgos inminentes, se digne prestar su eficaz patrocinio para que la Santa Iglesia católica removidas todas las dificultades y desbaratados todos los errores, se robustezca más y más cada día en todas las naciones y lugares, y florezca y reine del uno al otro mar y desde el principio hasta los confines del orbe y se goce de completa paz, tranquilidad y libertad para que los reos obtengan el perdón, los enfermos medicina, los pobres de espíritu fuerza, los afligidos consuelo, los que peligran socorro y para que todos los que yerran apartada la ofuscación de la mente, vuelvan al sendero de la verdad y la justicia, y sea uno solo el redil, uno solo el pastor.

(De la Bula «Ineffabilis Deus», de S. S. Pío IX, 8 de diciembre de 1854)

¿TENEMOS LA CERTEZA DE QUE ASI HA DE SER...!

¿Por qué no hemos de esperar que «la salud está más cerca de lo que pensamos?»

Tenemos la certeza de que así ha de ser, visto el celo de los católicos, siempre pronto y dispuesto a dar una y otra vez testimonio de amor y veneración a la excelsa Madre de Dios. Sin embargo, no queremos disimular que este nuestro deseo está sostenido, sobre todo, por la secreta confianza de que han de cumplirse en breve las grandes esperanzas que Pío IX, junto con todos los Obispos del mundo, pusieron fundadamente en la proclamación solemne de la Concepción Inmaculada de María.

No pocos hay que se preguntan por qué tales esperanzas no han tenido cumplimiento aún, y repiten las palabras de Jeremías: «**Esperábamos la paz, y el bien no ha venido; el tiempo de la curación, y he aquí el terror.**»

Mas, ¿cómo no tildar de «**hombres de poca fe**» a quienes así desdeñan el penetrar y considerar, en realidad de verdad, las obras de Dios?

En efecto, ¿quién puede contar la abundancia de gracias ocultas que Dios ha derramado durante todo este tiempo, por mediación de María, sobre su Iglesia? Y si se prefiere dejar esto de lado, ¿qué hay que pensar de la maravillosa oportunidad con que pudo

celebrarse el Concilio Vaticano; qué de la declaración de la infalibilidad pontificia, tan apta para combatir errores que inmediatamente habían de desaparecer? ¿Qué, finalmente, del nuevo e inesperado aumento de piedad que lleva cada día a los pies del Vicario de Cristo a inúmeros fieles para honrarle y reverenciarle?

¿No es admirable la providencia de Dios con los dos últimos predecesores nuestros: Pío IX y León XIII, quienes, en medio de tantas turbulencias, gobernaron santamente a la Iglesia en los dos más largos pontificados?

¿Y esto que casi inmediatamente de haber proclamado Pío IX que María era libre de pecado original, empezaron en Lourdes las maravillosas apariciones de esta misma Virgen, apariciones a las que han seguido luego, por intercesión de esta divina Madre, cotidianos milagros, como poderosos argumentos para confundir a la impiedad moderna?

Habiendo sido testigos de tantos y tan grandes beneficios como en el curso de estos cincuenta años nos ha concedido Dios por intercesión de la Virgen, ¿por qué no hemos de esperar que «**la salud está más cerca de lo que pensamos?**».

Y ello tanto más cuanto que la experiencia de la Providencia divina nos enseña que la extrema

gravidad de los males no suele distar mucho de la liberación: «**Está para llegar a su tiempo, no se alargarán mucho sus días. Yahvé se apiadará de Jacob, todavía escogerá a Israel**», de suerte que confiamos que en breve nos será permitido también a nosotros exclamar: «**Dios ha quebrado el poder de los impíos, el cetro de los tiranos. Toda la tierra está en paz, toda en reposo y en cantos de alegría.**»

Jesús se nos da por María

¿Qué, pues? Dios hubiese podido, sin duda, enviarnos al Restaurador del género humano por otro camino que por la Virgen; pero toda vez que ha parecido bien a la divina Providencia que recibiésemos a Dios hombre por María, la cual, por obra del Espíritu Santo, lo llevó en su seno, tan sólo de las manos de María podemos recibir a Cristo.

De aquí que en la Sagrada Escritura, cada vez que «se nos profetiza la gracia futura», casi siempre se presenta el Salvador de los hombres en compañía de su Madre. Se nos enviará al Cordero dominador de la tierra, pero brotará de la Piedra del desierto. Florecerá un pimpollo, pero de la vara de Jesé. A María vió Adán aplastando la cabeza de la serpiente, y ello contuvo su llanto. En ella piensa Noé, encerrado en el arca de salud; Abraham, detenido de sacrificar a su hijo; Jacob, en la escala por donde vió subir y bajar a los ángeles; Moisés, en la zarza admirable que ardía sin consumirse; David, saltando y cantando al conducir el Arca de la Alianza; Elías, en la nubecilla que vió levantarse del mar. ¿A qué más? El fin de la ley, la verdad de las imágenes y oráculos, lo encontramos, después de Jesús, en María.

Poderosos motivos que tiene María para mediar en nuestro favor

Por la Virgen, principalmente, se nos abre el camino para alcanzar el conocimiento de Cristo; de lo cual nadie dudará si considera que tan sólo ella pasó treinta años en su compañía con la familiaridad e intimidad que una madre tiene con su hijo. Los admirables misterios del Nacimiento e Infancia de Jesús, y, ante todo, el de su Encarnación, que es indicio y fundamento de la fe, ¿ante quién han sido más ampliamente desplegados que ante su Madre? La cual no tan sólo «**meditaba y conservaba en su corazón**» lo acaecido en Belén o en el templo del Señor, sino que, confidente de los planes de Cristo y de sus ocultos designios, vivió, puede decirse, la vida misma de su Hijo. Nadie como Ella conoció tan a fondo a Cristo; nadie como Ella, por consiguiente, puede servirnos de guía y maestra para conocerle; nadie puede ayudarnos más eficazmente para unirnos a Él.

Sí, según la sentencia de Cristo, «**que ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, solo Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo**», al recibir por María

un vital conocimiento de Cristo, recibimos igualmente aquella vida cuya fuente y principio es Cristo.

Ahora bien, por poco que consideremos cuántos y cuán fuertes motivos impelen a esta Madre Santísima a distribuirnos tan grandes dones, ¡qué aumentos no alcanzará nuestra confianza! ¿No es María la Madre de Cristo? Luego también es Madre nuestra. En efecto, Jesús, que es el «**Verbo hecho carne**», es también el Salvador del género humano, el cual, si en tanto que es Dios-hombre posee un cuerpo de carne como los demás hombres, posee en tanto que es Restaurador de nuestro linaje un cuerpo **espiritual** o **místico**, que no es otra cosa que la sociedad de los que creen en Él: «**Siendo muchos, formamos un solo Cuerpo en Cristo.**»

María, Madre del Cuerpo místico de Cristo

Pero la Virgen María no concibió tan sólo al Hijo Eterno de Dios como mero hombre cuando tomó de Ella nuestra naturaleza, sino también lo concibió como Salvador de los hombres. Por esto el Ángel anunció a los pastores: «**Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor.**»

En uno y el mismo seno de esta Madre castísima tomó Cristo un cuerpo de carne y un cuerpo espiritual, cuyos miembros son los que «**habían de creer en Él**». De suerte que, al llevar en sus entrañas al Salvador, llevó María en ellas a todos aquellos cuya vida a la del Salvador estaba unida. Por consiguiente, todos los que estamos unidos a Cristo y que, según dice el Apóstol, «**somos miembros de su Cuerpo: carne de su carne y huesos de sus huesos**», hemos nacido del seno de María como nace el cuerpo unido a la Cabeza. De donde, en sentido espiritual y místico, nosotros nos llamamos hijos de María y ella es Madre de todos nosotros: «**Madre según el espíritu... pero verdadera Madre de los miembros de Cristo**», que somos nosotros.

Si, pues, la bienaventurada Virgen es, al mismo tiempo, Madre de Dios y de los hombres, ¿dudará alguien de que procure ella con todo su empeño que Cristo, «**Cabeza del Cuerpo de la Iglesia**», nos infunda a nosotros, que somos miembros suyos, la plenitud de sus dones, y, especialmente, el de conocerla y de «**vivir de Él**»?

La caridad de María con los hombres

«**Una señal grande (nos cuenta San Juan que le fué mostrado en visión) apareció en el cielo: una Mujer vestida de sol, con la luna debajo de sus pies y sobre la cabeza una corona de doce estrellas.**» Nadie ignora que aquella Mujer representaba la Virgen María, que, sin mengua de su Virginidad, dió a luz al que es nuestra Cabeza. Sigue diciendo el Apóstol: «**Y estando encinta, gritaba con los dolores de parto y las ansias de parir.**» Vió, pues, San Juan a la Santísima Madre de Dios gozando ya de la felicidad eter-

na y, sin embargo, en los trabajos de un parto laborioso. ¿De qué parto se trata? Ciertamente del nuestro; pues, detenidos aún en el destierro, necesitamos ser engendrados a la perfecta caridad de Dios y a la felicidad eterna. Los trabajos del parto indican el cuidado y amor con que la Virgen, desde su trono celestial, vigila y se esfuerza con constantes súplicas para que se cumpla el número de los elegidos.

Con vehemencia deseamos que esta misma caridad se esfuercen por conseguirla todos los que llevan el nombre cristiano, y más en esta ocasión en que vamos a celebrar la Concepción Inmaculada de María. ¡Con qué acritud y fiereza se está atacando a Cristo y a la Religión por Él fundada! ¡Qué constante peligro para muchos que, llevados por resbaladizos errores, se separen de la fe! Por esto, «quien piense estar de pie, procure no caer».

Además, con humildes ruegos y súplicas, dirijámonos todos a Dios, por la mediación de María, para que los que se han apartado de la verdad vuelvan sobre sí. Sabemos por experiencia que la plegaria que brota de la caridad y se apoya en la intercesión de la Santísima Virgen nunca es desoída.

Ciertamente, la Iglesia siempre tendrá que luchar contra oposiciones: «Es necesario que haya herejes; así se manifestarán entre vosotros los que hayan resistido la prueba». Pero tampoco cesará la Virgen, por su parte, de sostenernos en estas pruebas, por difíciles que sean; continuando la lucha que empezó ya con su Concepción Inmaculada, de manera que

diariamente podemos repetir: «Hoy ha sido aplastada por Ella la cabeza de la antigua serpiente».

A lo largo de estos años transcurridos desde que Pío IX declaró dogma de fe la Concepción Inmaculada de María, hemos visto una increíble abundancia de gracias celestiales derramarse sobre la tierra; y al tiempo que se aumentaba la confianza en la Virgen Madre de Dios, había un gran incremento por todas partes en la antigua religión de los pueblos. ¿Por qué no esperar, pues, cosas mayores para el futuro? Ciertamente vivimos unos tiempos funestos; podríamos repetir las palabras del Profeta: «No hay en la tierra verdad ni misericordia ni conocimiento de Dios. El perjurio, la mentira, el homicidio, el hurto, el adulterio todo lo invaden». Mas, en este diluvio de males, la Virgen clementísima se presenta a nuestros ojos como un arco iris, como árbitro de la paz entre Dios y los hombres. «Pondré en las nubes mi arco, y será signo de alianza entre Yo y la tierra.» Que ruja la tempestad, y una espesa noche cubra nuestro cielo: que nadie se espante. La vista de María apaciguará a Dios nuestro Señor, y Él nos perdonará. «Habrá un arco en las nubes, y yo lo veré, y me acordaré de mi alianza eterna. Y no habrá jamás otro diluvio para destruir toda carne.» Si nos confiamos a María, como es justo, sobre todo ahora que celebramos con más fervor su Inmaculada Concepción, no hay duda que sentiremos también ahora que ella es la Virgen poderosísima «que machacó la cabeza de la serpiente con su pie iniginal».

(De la Enc. «Ad diem illum laetissimum», de S. S. Pío X, 2 de febrero de 1904).



Que arraigue la oración cotidiana en el hogar familiar

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de diciembre)

No es ciertamente vana e inútil esta intención sino por el contrario muy oportuna en estos calamitosos tiempos que incluso para la familia han sido dañosos.

I. *Desolación en el santuario de la familia.* Grandes han sido los ataques y las heridas recibidas por la vida cristiana de la familia, por la santidad y fidelidad matrimonial en este tiempo de continuas guerras.

La fuente santísima de la nueva vida es viciada hoy frecuentemente por perniciosos errores e indómitas pasiones, y se evita viciosamente la descendencia. La opinión pública ya no condena hoy sino que favorece los adulterios, los divorcios, la vida deshonesto

prematrimonial... La prensa y el cine propagan con descaro como lícito, útil y necesario lo ilícito y pecaminoso, y sin ningún pudor desprecia y hace burla de la castidad, santidad y fidelidad matrimonial, y con cierta fuerza mágica educa a la juventud a depravadas costumbres... El horror del pecado, es decir de la ofensa a Dios ha disminuído notablemente...

II. *Se debe poner remedio a tanto mal. Un remedio hay eficacísimo* para conseguir este fin, aunque desgraciadamente asaz olvidado en los últimos tiempos: la oración en común en el hogar.

La oración en común transforma la familia en un santuario doméstico, donde el padre y la madre hacen a manera de sacerdotes; sobre tales familias descenderían abundantes bendiciones del cielo.

La oración matutina y vespertina corona los días como con dos coronas. Estas preces son a manera de dos goznes sobre los cuales el día se convierte en luz de eternidad. Reúnanse los miembros de la familia, según antigua costumbre, por lo menos para la oración vespertina, y pongan cada noche en las manos de Dios las tribulaciones y dificultades del día.

El espíritu de oración lleva la familia a la Sagrada Familia de Nazaret. Siendo así que la oración en el seno de la familia tiene tanto valor, nuestros periódicos deberán exhortar durante este mes a los lectores a que, donde ella exista, la consoliden con nuevo fervor, y si en alguna parte se hubiera desvanecido, la restauren; y a fin de que podamos superar más fácilmente la impetuosa corriente del espíritu mundano, imploremos del Corazón sacratísimo de Jesús el divino auxilio, con la oración asidua y con el sacrificio.

(Traducción del original latino de la Dirección General del Apostolado. Roma).

Oficio especial de María en los últimos tiempos

(Del Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen)

Por SAN LUIS M.^a GRIGNON DE MONTFORT

Por medio de María se comenzó la salvación del mundo, y por medio de María se debe consumir. María apenas se dejó ver en la primera venida de Jesucristo, con el fin de que los hombres, todavía poco instruidos e ilustrados sobre la persona de su Hijo, no se separasen de El aficionándose demasiado intensa e imperfectamente a Ella, cosa que probablemente hubiera sucedido si hubiese sido conocida, a causa de los admirables atractivos que el Altísimo puso, aun en su exterior; y esto es tanta verdad que San Dionisio Areopagita nos dejó escrito que, cuando la vió, la hubiera tomado por una divinidad, en vista de sus secretos atractivos y de su belleza incomparable, si la fe que él profesaba no le dijera lo contrario. Pero en la segunda venida de Jesucristo, María ha de ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, a fin de hacer por medio de Ella que los hombres conozcan, amen y sirvan a Jesucristo; pues entonces ya no subsistirán aquellas razones que obligaron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida y a manifestarla sólo raras veces desde que se predicó el Evangelio.

Por qué Dios quiere revelar y descubrir a María en estos últimos tiempos

Dios quiere, pues, revelar y descubrir a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos:

1.º Porque Ella se ocultó en este mundo, se colocó más abajo que el polvo, por su propia humildad, habiendo conseguido de Dios, de sus Apóstoles y de sus Evangelistas que no la manifestaran.

2.º Porque siendo Ella la obra maestra de las manos de Dios, tanto aquí bajo por la gracia como en el cielo por la gloria, El quiere ser en Ella glorificado y alabado en la tierra por los mortales.

3.º Como Ella es la aurora que precede y descubre al Sol de Justicia, Jesucristo, ha de ser conocida y vista a fin de que lo sea Jesucristo.

4.º Como es el camino por donde Jesucristo ha venido a nosotros la primera vez, lo será también cuando Este venga la segunda, aunque de diferente manera.

5.º Siendo María el medio seguro y la vía recta e inmaculada para ir a Jesucristo, y hallarlo perfectamente, por Ella lo han de hallar también las almas santas que han de resplandecer en santidad. El que hallare a María hallará la vida, es decir, a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida; pero es imposible hallar a María si no se la busca; no se la puede buscar si no se la conoce, ya que jamás se busca ni se desea el objeto que no se conoce; por tanto, es necesario que, para llegar al más exacto conocimiento y gloria de la Santísima Trinidad, sea María conocida como nunca.

6.º María ha de brillar más que nunca en misericordia, en fuerza y en gracia en estos últimos tiempos; en misericordia, para atraer y recibir amorosamente a los pobres pecadores y desviados que se convertirán y tornarán al seno de la Iglesia Católica; en fuerza contra los enemigos de Dios, los idólatras, cismáticos, mahometanos, judíos e impíos obstinados, los cuales se revelarán terriblemente para seducir y hacer caer, por medio de promesas y amenazas, a todos los que les serán contrarios; y por último, debe resplandecer en gracia para animar y soste-

ner a los valientes soldados y fieles servidores de Cristo, que combatirán por sus intereses.

7.º En fin, María ha de ser terrible al demonio y a sus secuaces como un ejército colocado en orden de batalla, principalmente en estos últimos tiempos, porque el diablo, sabiendo que tiene poco tiempo y menos que nunca para perder las almas, redobla todos los días sus esfuerzos y sus ataques; suscitará en breve nuevas persecuciones y armará terribles emboscadas a los servidores fieles y a los verdaderos hijos de María, a quienes le cuesta vencer mucho más que a los otros.

De estas últimas y crueles persecuciones del diablo, que irán aumentando de día en día hasta que venga el reinado del Anticristo, es de las que principalmente se ha de entender aquella primera y célebre predicción y maldición de Dios, culminada en el Paraíso terrenal contra la serpiente. Aprovecharemos la oportunidad de explicarla aquí, para gloria de María, salvación de sus hijos y confusión de los demonios.

Dios no ha formado nunca más que una sola enemistad

Ininicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus (Gen., III, 15): «Crearé enemistades entre ti y la mujer y entre tu descendencia y la suya; ella misma te aplastará la cabeza, y tú pondrás asechanzas contra su talón».

Dios no ha hecho ni formado nunca más que una sola enemistad, mas ésta irreconciliable, que durará y aumentará incluso hasta el fin, y es entre María, su digna Madre, y el diablo; entre los hijos y servidores de la Santísima Virgen y los hijos y secuaces de Lucifer, de suerte que el más terrible de los enemigos que Dios ha creado contra el demonio es María, su Santísima Madre a quien dió desde el paraíso terrestre, a pesar de que Ella sólo existía entonces en la mente divina, tal odio contra ese maldito enemigo de Dios, tanta industria para descubrir la malicia de aquella antigua serpiente, tanta fuerza para vencer, aterrar y aplastar a ese orgulloso impío, que él la teme, no sólo más que a todos los ángeles y hombres, sino, hasta cierto sentido, más que al mismo Dios: y esto no porque la ira, el odio y el poder de Dios no sean infinitamente mayores que los de la Santísima Virgen, cuyas perfecciones son limitadas, sino, primero, porque Satanás, a causa de su orgullo, padece infinitamente más al ser vencido y castigado de una pequeña y humilde esclava de Dios, y la humildad de ésta le humilla más que el poder divino; segundo, porque Dios ha otorgado a María un poder tan grande contra los diablos, que más temen ellos, según muchas veces han declarado, a su pesar, por la boca de los posesos, uno solo de los suspiros de María en favor de alguna alma, y una sola amenaza suya contra ellos más que todos los otros tormentos.

María, vencedora por sus virtudes

Lo que Lucifer perdió por orgullo, ganó María por humildad; lo que Eva condenó y perdió por desobediencia, salvó María por su obediencia. Eva, obedeciendo la

PLURA UT UNUM

voz de la serpiente, perdió consigo a todos sus hijos y los entregó al poder de Satanás; María, conservándose perfectamente fiel a Dios, ha salvado con Ella a todos sus hijos y servidores y los ha consagrado a la Majestad divina.

No sólo enemistad, sino enemistades

Dios no sólo ha creado una enemistad, sino *enemistades*, y no sólo entre María y el demonio, sino entre la descendencia de la Santísima Virgen y la del diablo; es decir, que Dios ha levantado enemistades, antipatías y odios secretos entre los verdaderos hijos y servidores de su Madre y los hijos y esclavos del demonio; por eso no se aman mutuamente ni tienen correspondencia interior unos con otros. Los hijos de Belial, los esclavos de Satanás, los amigos del mundo (pues estos distintos nombres significan una misma cosa), han perseguido incesantemente hasta aquí y perseguirán todavía más que nunca a aquellos y aquellas que pertenezcan a la Santísima Virgen, así como en otro tiempo Cain persiguió a su hermano Abel y Esaú a su hermano Jacob, que son las figuras de los réprobos y los predestinados. Pero la humildad de María triunfará siempre del orgulloso demonio, y la victoria será tan gran-

de, que llegará hasta aplastarle la cabeza, en donde reside su orgullo; Ella descubrirá siempre su malicia de serpiente, hará manifiestas sus tramas infernales, disipará sus consejos diabólicos, y a sus fieles servidores los librará hasta el fin de los tiempos de sus crueles garras.

El poder de María brillará particularmente en los últimos tiempos

Pero el poder de María sobre todos los diablos brillará particularmente en los últimos tiempos, en que Satanás pondrá asechanzas a su talón, es decir, a sus humildes esclavos y a sus pobres hijos, que Ella suscitará para hacerle la guerra. Serán pequeños y pobres según el mundo y rebajados ante los otros como el talón, hollados y oprimidos, como el talón lo es respecto de los demás miembros del cuerpo; mas, en cambio, serán ricos de las gracias de Dios, que María les distribuirá abundantemente, grandes y exaltados en santidad delante de Dios, superiores a toda criatura por su celo inflamado, y tan fuertemente apoyados en el socorro divino, que con la humildad de su talón, en unión de María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo.

Ut Adveniat Regnum Tuum, Adveniat Regnum Mariae

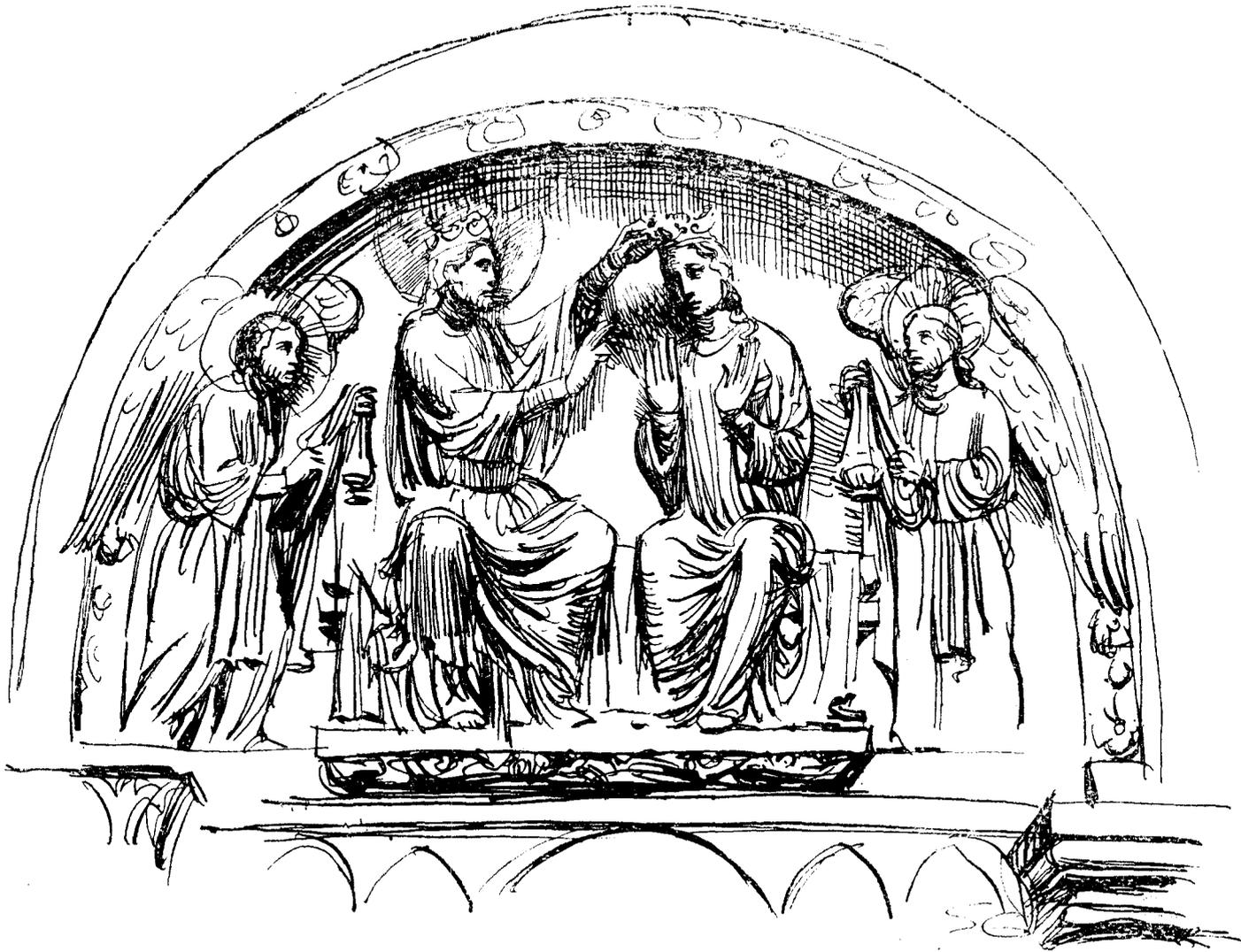
A nadie que haya leído con detenimiento *La verdadera Devoción* se le habrá pasado por alto la frecuencia con que en la referida obra San Luis-María de Montfort emplea la expresión «los últimos tiempos», ni el hecho de que la asocie con dos ideas: la de una creciente penetración por parte de los fieles del poder y prerrogativas de la Madre de Dios como Madre de los miembros del Cuerpo Místico, y la de violentas, incesantes y universales persecuciones de la Iglesia de Dios. Jamás deja de relacionar estos dos procesos; ambos son fundamentales para su pensamiento, impregnan y animan sus palabras y acciones. Y la causa es ésta: el Santo se halla vivamente persuadido de la posición central y positiva influencia de Nuestra Señora en el Credo y Culto de la Iglesia, «defensa de muchas verdades, gracia y luz risueña de toda devoción», como afirma Newman al terminar su sermón sobre *Las Glorias de María por el amor de su Hijo*. Y así, recurre San Luis-María a su patrocinio todopoderoso en un tiempo en que las herejías atacaban a la divina Verdad y derramaban funesta sombra sobre las devociones tradicionales. La herejía es un morbo contagioso que deja horribles huellas; por esto el Santo ruega ardientemente por «los verdaderos apóstoles de los últimos tiempos», los verdaderos discípulos de Jesucristo, moldeados y plasmados, modelados y conformados por Aquella que, como Madre de los cristianos en el orden sobrenatural, les «regala con aquel mismo cuidado maternal y amor ferviente con que regalaba y nutría al Niño Jesús en su cuna».

En el año 1700, San Luis-María vino a establecer contacto con el espíritu y las prácticas del Jansenismo en la comunidad de San Clemente de Nantes. Allí, todo le

disgustó profundamente: las devociones al Santísimo Sacramento y a Nuestra Señora quedaban relegadas en una vaga penumbra, y se proclamaban y sostenían opiniones en menoscabo de la autoridad de la Santa Sede. De ahí que prevaleciese un generalizado espíritu de mundanidad, con relajación de las prácticas esenciales de la vida religiosa contrapuesta con un verdadero rigorismo en materias accidentales. *¡Mas fué en Nantes, por lo menos, donde él aprendió a odiar hasta la misma atmósfera de herejía!* Su firme posesión de la verdad católica le hizo apto para descubrir la incredulidad secreta latente en muchas inteligencias, la anarquía espiritual oculta tras la fachada de las prácticas externas. Previó el colapso del espíritu de fe en muchas partes de Francia y temió por el futuro de Europa así debilitada en lo más profundo de su corazón. En un verdadero sentido de la palabra, puede llamarse «profeta» de aquellos acontecimientos que prenuncian el hecho conocido por Revolución Francesa».

San Luis María Grignon de Montfort apóstol de la devoción a la Santísima Virgen

Otros profetas tenían que seguirle en el decurso del siglo XIX. Mas su visión del futuro se hallaba condicionada por todo lo que acontecía durante su propia vida, ya que eran testigos presenciales del triunfo de las herejías protestantes. Bajo el Jansenismo quedó oscurecida la figura de Jesús porque se relegaba a María a un último término; el racionalismo dió un paso más: insultó a la Madre y negó al Hijo. Y así fué cómo el poder y la gloria de Dios fueron substituídos por el poder y la gloria del



CORONACION DE MARIA

Tímpano derecho de la puerta meridional del transcepio. Catedral de Sirasburgo, segundo cuarto del siglo XIII

hombre. «Progreso» de semejante índole, exponente de un siglo de ilustración exclusivamente científica y laica, «precipitaba a la raza humana —como había de afirmar León XIII, reiterando las advertencias formuladas por Pío IX— casi al borde mismo de la ruina».

Ciertos pensadores, escritores y predicadores católicos se hicieron eco del pensamiento de Roma. Lacordaire, en uno de sus sermones de Nôtre Dame, aludió a la posible dominación de Europa por los «nuevos bárbaros»; Balmes, en España (1847), previó el surgir de una Rusia poderosa y recordó a Europa que «así como España no había cedido ante Napoleón, bien pudiera resultar un nuevo baluarte contra las nuevas invasiones orientales». Para Manning, el liberalismo no era otra cosa que la calma que precede a la tempestad. «Tiempos vendrán —escribía— en los que solamente será perseguida la verdad; y en los cuales, aquel que posea la verdad, compartirá la prueba.» El ruso Solovief, profundo pensador, vidente y sabio, halló su camino hacia la verdadera Iglesia en 1896, escribió su obra «La guerra, el progreso y la finalidad de la Historia» cuatro años después y murió al poco tiempo con una plegaria por los judíos en los labios.

Juan Enrique Newman es aún otro «profeta» que lanzó una mirada sostenida y penetrante en el corazón del siglo XIX. Repárese en estas palabras suyas: «Parece cierto que existe, hoy día, una confederación del mal, que recluta sus huestes en todas las partes del mundo, organizándose, adoptando sus medidas, encerrando a la Igle-

sia de Cristo como en una red y preparando el camino para una general apostasía.»

San Luis María y la herejía del jansenismo

En el movimiento creciente que lleva a reconocer en San Luis-María un profeta y apóstol de los «últimos tiempos», no puede dejarse de mencionar un nombre ni de darle su debida importancia: es el nombre del Padre Federico Fáber.

Fué en el año 1847 cuando el Padre Fáber comenzó a estudiar la vida y espíritu de San Luis-María, y sus «Notas sobre cuestiones doctrinales» contienen un sumario analítico de un curso de sermones acerca de la influencia de Nuestra Señora en la historia de la Iglesia, en el cual aparece con claridad que su propia línea de pensamiento debe mucho a la *Verdadera Devoción*. «Nada allanará tanto el camino para el Anticristo —decía el Padre Fáber poco antes de su muerte— como la negación de Satanás y del castigo eterno.» Y, en su introducción a la *Verdadera Devoción*, se hace eco de los ardientes deseos de San Luis-María: «Dios insta para que la devoción a su Santísima Madre crezca, se difunda y se fortalezca... Que el Espíritu Santo conceda una nueva bendición a esta obra en Inglaterra; y quiera El consolarnos rápidamente con la canonización de este nuevo Apóstol y fervoroso misionero de su más cara e Inmaculada Esposa; y, más aún,

PLURA UT UNUM

con el rápido advenimiento de la gran época de la Iglesia, que ha de ser la época de María.» Mas esta «grande época» tiene que ser otra «contrarreforma» frente a una decadencia universal del espíritu de fe entre los católicos y frente al violento ataque dirigido contra la Iglesia.

La raza humana al borde de la ruina

El Sumo Pontífice, hablando a los párrocos de Roma y predicadores de los sermones de Cuaresma en la Ciudad Eterna, afirmó que había allí una necesidad apremiante de mejorar el nivel general de la vida cristiana; los cristianos, dijo, deben dar testimonio de su fe con el heroísmo de sus vidas. «Para respirar en el ambiente corrompido de nuestras modernas ciudades y vivir en ellas una vida cristiana sin absorber su veneno se necesita un espíritu de fe tan profundo y un poder de resistencia semejantes a los de los mártires.»

Los cristianos, pues, que viven en la Ciudad Eterna «necesitan un profundo espíritu de fe». ¡Con cuánta mayor razón podemos aplicar tales palabras a aquellos otros miembros de la Iglesia forzados a vivir en el seno de una sociedad que ha sido casi totalmente descristianizada! El código moral del neopaganismo, engendrador de su ambiente venenoso, impera en todas partes; su labor, como la de los primeros cristianos, es la de vencer la «mundanidad del mundo» con el fervor de sus vidas y su profundo espíritu de fe. La necesidad vital de estos tiempos es que la legión de los creyentes posea el valor y la energía sobrenatural para vivir como corresponde a los que han sido llamados a una vocación sublime.

Media una gran distancia entre la posesión rudimentaria de la virtud y su perfección; entre el grado necesario para salvarse y aquella otra medida que posibilita la santificación; entre lo obligatorio y lo aconsejable. Cuando San Pablo hablaba de la «victoria de la fe que vence al mundo» y decía que «a nosotros atañe tener fe y salvar nuestras almas», en realidad expresaba que: «A nosotros toca esforzarnos por alcanzar el espíritu ideal de fe y alcanzar de esta manera la visión de las realidades del mundo invisible.»

Un discípulo de San Luis María

«Que la luz de la fe disipe las tinieblas de mi inteligencia...», suplicaba San Luis-María. Notables palabras son éstas, y pues que María es el patrón y ejemplar de la vida interior, sus propias virtudes, y en especial su fe, animan el alma cristiana devota. Ella adoraba la Humanidad. Sagrada de su Hijo con todas las fuerzas de su ser y, mediante su contacto diario con las realidades visibles de la Encarnación, Ella vivía, en un grado muy superior al del más grande de los Santos contemplativos, a la luz del mundo invisible tal como se le revelaba por su fe. La falta de estima de su grandeza interior implicará, ciertamente, una imperfección en el espíritu de fe y conducirá a un empobrecimiento de la vida sobrenatural.

Y así tenemos que la verdadera devoción a Nuestra Señora, en toda su altura, profundidad y amplitud, como proclama la auténtica tradición de la Iglesia, es la respuesta más eficaz a todos los males que padece la Iglesia,

debilitada como está *desde dentro* por una falta de espíritu de fe en muchos de sus hijos y amenazada *desde fuera* por el incremento de la persecución.

Los cristianos necesitan un profundo espíritu de fe. María es el patrón y ejemplar de la vida interior

Tal es el mensaje de San Luis-María a nuestra propia generación; siete razones enumera por las que Dios «desea revelar y descubrir a María en los últimos tiempos» (1).

«¿Mas cuándo y cómo se verificará esto?», pregunta San Luis-María. «Sólo Dios lo sabe», contesta. Pero, «si una parte de la profecía se ha cumplido ante nuestros ojos, nos inclinamos naturalmente a creer que es de toda probabilidad la realización del resto».

Acontecimientos de la máxima trascendencia tuvieron lugar durante la última mitad del siglo. Pío X, en su Encíclica publicada con ocasión del jubileo de la Inmaculada Concepción (1904) (2), refleja en muchos puntos las enseñanzas de la *Verdadera Devoción*; es, en verdad un desarrollo magistral de la base dogmática de la devoción a Nuestra Señora como Madre del Cuerpo Místico. Trece años más tarde tienen lugar las revelaciones de Fátima (3), seguidas de la consagración de todo el mundo al Inmaculado Corazón de María, consagración, en otras palabras, de todas las almas entregadas a la perfección de la vida interior. Las canonizaciones de Santa Teresa de Lisieux, de Santa Bernardeta, de San Juan Bosco, todos ellos Santos modelados en el espíritu o la práctica de la *Verdadera Devoción*, han reportado inmensos beneficios a toda la Iglesia. La *Legión de María*, establecida hoy oficialmente en 390 diócesis de todas las partes del mundo católico, ha basado su magnífico apostolado en la doctrina de Nuestra Señora como Medianera de todas las gracias, en el poder de una fe viva, en métodos y motivos sobrenaturales. Por medio de la Legión, Nuestra Señora ha transformado un sinnúmero de seglares «faltos de relieve» en verdaderos apóstoles, «*leaders*» en el verdadero sentido de esta palabra, muchas veces mal empleada. Ella les ha guiado, inspirado y santificado. Ni podemos dejar de mencionar las Congregaciones Marianas, que basando su apostolado en el lema «Ad Jesum per Mariam», se han aprestado para hacer frente a las necesidades de estos tiempos, por lo menos en ciertos países, especialmente en España, Irlanda y Estados Unidos.

Misión de María en los últimos tiempos

En el tiempo y a la manera que Dios disponga, el Reino de Cristo triunfará. «*Ut adveniat Regnum tuum, adveniat Regnum Mariæ!*» Que el Espíritu Santo inspire a las almas de los jóvenes con un verdadero fervor hacia la Madre del Cuerpo Místico y les depare una firme confianza en su Corazón maternal, para que, a través de Ella, pueda Él hacer nuevos Santos, aleccionados con su Sabiduría y preparados para enfrentarse con los peligros, persecuciones y privaciones de estos tiempos.

Jorge Burns, S. I.

(1) Véase el texto original de San Luis María en las páginas 485 y 486 de este número.

(2) Enc. «*Ad diem illum laetissimum*», págs. 482 a 484 de este mismo número.

(3) Véase CRISTIANDAD, número 113, páginas 518-520



La Inmaculada, vencedora de la Serpiente

El punto céntrico de la Sagrada Escritura es Jesucristo. A Él convergen los escritos del Antiguo Testamento para vaticinarlo, y los del Nuevo para ponernos de manifiesto su misión divina en la tierra. La historia toda del pueblo de Israel se nos presenta como la de un pueblo que camina ansioso hacia el Mesías y que luego, cegado voluntariamente, rechaza la luz y queda envuelto entre las tinieblas de la noche y anda errante por todo el mundo buscando en vano al que tuvo en su casa y no quiso reconocer.

Y junto a Cristo tiene cuidado la Sagrada Escritura de colocarnos siempre a la Virgen Santísima Inmaculada. En las primeras páginas del Génesis, apenas los primeros Padres cometieron su primer pecado y el demonio salió triunfador del primer combate con la humanidad, hace su primera aparición el futuro vencedor de la serpiente: Cristo; y junto a Él, asociada a su obra, vencedora también ella de la serpiente, se nos pone a la Virgen. «Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre su descendencia y la tuya; ella quebrantará tu cabeza por más que tú acecharás contra su calcañar.» Y esta lucha iniciada en el Génesis, vaticinada en el Paraíso, ha sido la guerra continua de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas, la lucha del bien contra el mal, la rebelión constante de los satélites de Satanás contra la Iglesia de Cristo.

La Concepción Inmaculada de María no es sino el golpe de gracia, por así decirlo, que recibió el demonio en su lucha infernal contra los hombres. Y así se entiende la grandeza de este privilegio mariano. Encuadrémoslo en su realidad.

Por el primer pecado la humanidad toda había sucumbido al poder del enemigo de Dios. El demonio, abatido en su primer encuentro con su Criador, y arrojado por Él a los abismos del infierno, levanta la cabeza al contemplar sobre la tierra un ser amado de Dios: el hombre. Y concibe una idea infernal: «¿No he podido contra Dios? Pues veré de poder contra sus planes.» Y ataca al hombre que todavía no está confirmado en gracia y por lo mismo puede ser instrumento útil a sus artimañas. Se presenta a la lid y... sale vencedor. En su soberbia satánica cree que ha echado por tierra los planes del Altísimo y entona su himno de victoria: todo el linaje humano es de Satán; todos los que de raíz viciada nacerán, estarán marcados con el estigma del pecado; podrán luego volverse a Dios y se reconciliarán con Él, pero las primicias de su existencia serán una proclamación del triunfo del demonio contra Dios. Pues bien; para humillar semejante presunción, en el mismo instante en que la serpiente se proclama vencedora, fulmina Dios el rayo del castigo: no toda la humanidad estará sujeta para siempre al poder del enemigo. La lucha en que tan fácilmente salió vencedor el demonio no ha sido decisiva, sino el comienzo de enemistades perpetuas entre el demonio y la humanidad; porque de esta humanidad caída ha de salir el Redentor, el que triunfará completamente de la astucia de Satanás, el que rescatará la humanidad esclavizada, pero como este Redentor será a la vez Dios y hombre la humillación sufrida por el enemigo de Dios no sería humillación adecuada a su perversidad; todavía podría vanagloriarse de que había causado tantos males a Dios que era menester que el mismo Dios bajara del cielo y asumiera

carne humana, pues una pura criatura no podría escapar a sus perfidias. Para que la victoria fuese humillante para el derrotado enemigo de Dios escoge el Señor a una pura criatura, igual por completo a las demás, y que como la primera prevaricadora, pertenezca al sexo más débil y sugestionable: esta doncella, sacada de la humanidad, participará de todas las flaquezas humanas que no importen imperfección moral, porque en su alma será purísima, comenzará a existir exenta de un tributo que todos los mortales pagan a Satanás al entrar en el mundo de su existencia, y con ello su primera acción al recibir el ser será aplastar la cabeza de la serpiente que acechará contra ella como contra todos los demás.

Y la vida toda de María, unida estrechamente a la del Redentor, será una lucha continua con el demonio, el cual quedará herido de muerte cuando al pie de la Cruz ofrecerá María a su Hijo al Padre celestial en satisfacción por los pecados de los hombres, y ella misma, con amor de madre, dignidad de Sacerdote y espíritu de mártir, se inmolará con su hijo, cooperando así a la Redención del linaje humano y triunfando plenamente de la serpiente infernal.

Pero las enemistades anunciadas por Dios en el Paraíso son enemistades eternas que no terminaron en la Cruz. El demonio había entonces perdido una triple partida, en la frase de Pío IX (Bula «Ineffabilis Deus») que habían a su vez ganado Cristo y su bendita Madre; pero las iras infernales no cesaron un punto. Como en los primeros días de la humanidad quiso desbaratar los planes de Dios haciendo prevaricar al hombre, así ahora, al sentir su cabeza aplastada por el peso de la cruz y el pie inmaculado de la Corredentora, renueva su juramento de enemistad eterna y se lanza a la lucha contra la descendencia de la «Mujer», que en concreto es actualmente la Iglesia Católica. La dramática lucha multiseccular de la serpiente contra los descendientes de la Mujer del Génesis la describe con viveza y energía el Apóstol San Juan, que la contempló en su visión de Patmos. «Y se vió en el cielo, escribe, una gran señal: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza corona de dos estrellas. Y como quien llevaba fruto en el vientre daba voces con los dolores del parto y trabajaba en el parir. Y vióse otra señal en el cielo: y ved ahí un dragón grande, bermejo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en las cabezas suyas siete diademas. Y la cola de él arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las lanzó a la tierra. Y el dragón se irguió delante de la mujer que estaba para parir, para, en cuanto pariese, devorar el parto de ella. Y parió un hijo varón, el cual ha de regir todas las gentes con cetro de hierro: y fué arrebatado el parto de ella a Dios y a su trono. Y la mujer huyó al desierto, allí donde su lugar aparejado por Dios, para que allí la sustenten mil doscientos sesenta días.» Luego, en breves palabras, expone el Santo Evangelista la rápida lucha habida en el cielo entre Miguel y los ángeles buenos contra los infieles al Creador, y termina: «Y fué lanzado el dragón grande, la serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el que seduce a todo el orbe, fué lanzado a la tierra, y con él fueron lanzados los ángeles suyos... Y cuando vió el dragón cómo había sido lanzado a la tierra, persiguió a la mujer que parió al varón. Y diéronsele a la mujer

dos alas del águila grande, para que volase al desierto al lugar suyo, allí donde se sustenta tiempo y tiempos y medio tiempo (es decir, tres años y medio), fuera de la vista de la serpiente. Y lanzó la serpiente de su boca detrás de la mujer agua como un río, para hacer que se la llevase el río. Y socorrió la tierra a la mujer, y abrió la tierra su boca, y tragó el río que lanzara de su boca el dragón. Y se encolerizó el dragón contra la mujer, y fué a hacer guerra con los restantes de la posteridad de ella, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesús. Y se plantó en el sable de la mar» (Apoc., 12).

No hay duda de que esta mujer de que nos habla el Apocalipsis en este lugar es la misma de que se hace mención en el Génesis, puesto que se trata de la lucha con la «serpiente antigua», que no es otra que la tentadora del paraíso. Sin embargo, si se quiere aplicar este pasaje a la Iglesia, no hará sino confirmar nuestro aserto, pues entonces la «Mujer-Iglesia» será la descendencia de la «Mujer-María» que aplasta de continuo la cabeza del dragón que está, continuamente también, acechando contra su calcañar. Los Santos Padres aplican más generalmente a la Virgen la figura del cap. 12 del Apocalipsis, y algunos, como San Bernardo, dicen expresamente que se refiere a ambas! En todo caso siempre queda en pie la afirmación de los Padres del Concilio Vaticano: «Como quiera que según la doctrina apostólica expuesta en Roma, 5, 8; 1 Cor., 15, 24; 26, 54, 57; Hebr., 2, 14-15, y otros lugares, el triunfo que reportó Cristo de Satanás, la antigua serpiente, lo constituyó como por partes integrales el triple triunfo del pecado, de la concupiscencia y de la mujer; y como quiera que el Génesis, 3, 15, muestra a la Madre de Dios como singularmente asociada a su Hijo en este triunfo, añadiéndose el sufragio unánime de los Santos Padres, no dudamos de que en el mencionado oráculo se significa a la Virgen insigne por esta triple victoria.» Con estas palabras parece que los Padres del Concilio Vaticano recibían consuelo y esperanza en medio de las terribles convulsiones del siglo XIX; y como ellos mismos se sentían combatidos por la furia infernal, que no cejó hasta arrojarlos de la Ciudad Eterna, haciéndoles interrumpir las tareas conciliares, volvían los ojos a la Madre Inmaculada, a la luchadora eterna contra el dragón, y no dudaban que ya que había aplastado la cabeza de la serpiente en el primer instante de su existencia, no permitiría que en la lu-

cha por la fe y contra el mal prevalecieran los enemigos de su Hijo.

Nosotros echamos también ahora una mirada sobre la tierra y nos espanta la catástrofe universal que estamos presenciando. No son solamente los ejércitos que por tierra, mar y aire siembran la desolación por todas partes con sus armas mortíferas y hasta el presente jamás imaginadas, sino que los ejércitos infernales van también diseminando la más espantosa inmoralidad, tanto en el campo de las costumbres como en el de las ideas. Y la lucha del mal contra el bien cada vez adquiere mayores proporciones, pudiéndose prever una batalla gigantesca que pueda ser decisiva. Y ahora más que nunca, ante el espectro de tanta calamidad y los quejidos de tanta miseria, nos parece que la mujer del Apocalipsis se enfrenta contra el dragón, la antigua serpiente y cumple el vaticinio de San Juan: «Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a los ejércitos de ellos reunidos para dar la batalla... Y fué asida la bestia y con ella el falso profeta, el que hizo los portentos delante de ella con los cuales sedujo a los que recibieron la señal impresa de la bestia y a los que adoraban la imagen de ella: vivos fueron lanzados los dos al estanque del fuego encendido con azufre» (Apoc., 19 19-20). De la Inmaculada Virgen hemos de esperar la regeneración de la sociedad tan viciada. Sólo ella, que forma causa común con Jesucristo, puede derrocar a los enemigos de la Iglesia; sólo ella puede restaurar sobre la tierra el reino del bien; y sólo ella puede hacer que se acelere el día —aquel día que alborozado le parecía presagiar Pio XI al instituir la festividad de Cristo Rey— en que, sujetados los poderes infernales y sometidos al dominio de Cristo todos los enemigos, reine Cristo Jesús plenamente, desplegando sobre todos aquel magnífico programa de su reinado: «regnum veritatis et vitæ, regnum sanctitatis et gratiæ, regnum iustitiæ, amoris et pacis». Entonces habrá terminado la lucha; la *Mujer* y su *Descendencia* habrá conseguido la victoria final y en unión con María Inmaculada cantaremos el canto eterno de la victoria. Y entretanto exclamaremos suplicantes y con ansia: «Veni, Domine Jesu»; pero escucharemos también la respuesta alentadora: «Etiam, venio cito», «sí, vengo pronto» (Apoc., 22, 20).

Francisco de P. Solá, S. I.

(De CRISTIANDAD, núm. 17, p. 386.)



RAZON DE ESTE NUMERO

La definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen en el año 54 del pasado siglo representó no sólo para el Papa Pio IX sino para todo el pueblo cristiano una señal de esperanza y victoria contra los errores modernos y contra los enemigos de la Iglesia. Desde entonces los Papas no han dejado de relacionar de modo cada vez más íntimo con la confianza en la mediación de la Inmaculada Virgen y en la misericordia de su Corazón maternal, su esperanza sobrenatural en el advenimiento al mundo de la paz cristiana en medio de las crecientes dificultades de nuestros tiempos.

Este número quiere proponer a la meditación de sus lectores algunos textos en los que resalta de modo especial y concreto este pensamiento, entre ellos unas páginas de San Luis María Grignon de Montfort, que entre los santos de los tiempos modernos sobresale de un modo especial entre los que presentan bajo esta luz la misión de la devoción a la Santísima Virgen.

EDITORIAL: **Un dogma, antídoto**, por Antonio Udina, S. I. (pág. 481).

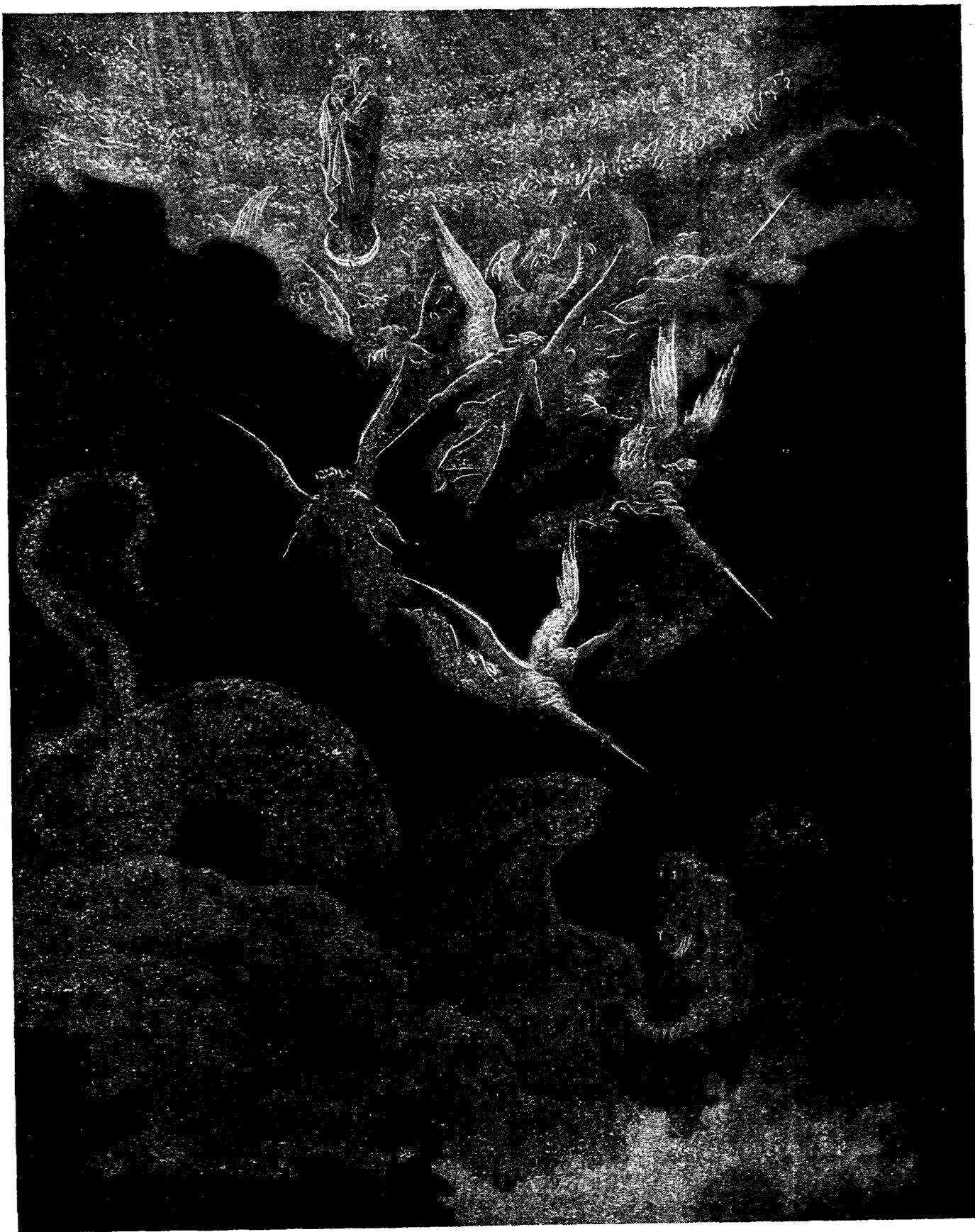
DEL TESORO PERENNE: **La esperanza de Pio IX; La salvación del mundo por María** (págs. 482 a 484); **Oficio especial de María en los últimos tiempos**, por San Luis M.^a Grignon de Montfort (págs. 485 y 486); **Ut Adventat Regnum Tuum, Adventat Regnum Mariæ**, por el Rvdo. P. Jorge Burns S. I. (págs. 486 a 488); **El Santo Padre enuncia algunas normas fundamentales a las que han de atenerse los juristas católicos** (págs. 492 a 494); **Exhortación apostólica «Sollemnibus Documentis»** (pág. 495).

PLURA UT UNUM: **La Inmaculada, vencedora de la Serpiente**, por el P. Francisco de P. Solá, S. I. (págs. 489 y 490).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad (VII)**, por José-Ortol Cuffi Canadell (págs. 496 y 497).

DE ACTUALIDAD: **El problema Judío a la luz de la Sagrada Escritura**, por J. Straubinger (págs. 498 a 501); **El pueblo de Israel: Una congregación para su vuelta a la Iglesia**, por J. M. Martínez Mari (págs. 502 y 503); **La Justicia y la Caridad, pilares de la sociedad civil.—La situación religiosa en la China comunista**, por J. O. C. (pág. 504).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Joaquín Mascaró, Ignacio M.^a Serra Goday y otros.



Y una gran señal fué vista en el cielo: una Mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas... Y otra señal fué vista en el cielo, y he aquí un dragón grande rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas...

Apocalipsis 12, 1-3

El Santo Padre enuncia algunas normas fundamentales a las que han de atenerse los juristas católicos

Su Santidad el Papa Pío XII, recibió en audiencia, el domingo día 6 de noviembre, a los miembros del I Congreso Nacional de Juristas Italianos, pronunciando con esta ocasión el siguiente discurso:

«Con feliz idea, queridos hijos, a otras ciudades de Italia que habrían podido dignamente acogeros, habéis preferido Roma como sede del I Congreso Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos, a la cual, en estos días, habéis dado forma definitiva y constitución interna, discutiendo y aprobando sus estatutos y eligiendo la presidencia, que, según las normas fundamentales entre vosotros convenidas, deberá promover el desarrollo y guiar la actividad de la asociación.

»Mientras nos congratulamos con vosotros del trabajo realizado, no podemos menos de notar cómo vuestro deseo y vuestra preocupación de verdaderos y genuinos juristas católicos es rodear la cuna de vuestra asociación de una doble aureola: una la que irradia en la Roma eterna, y la otra, la que corresponde a la denominación con que os honráis.

»Vosotros sois, en primer lugar, «juristas», cultivadores de aquella ciencia noble entre todas, que estudia, regula y aplica las normas sobre las que se funda el orden y la paz, la justicia y la seguridad en la convivencia civil de los individuos, de las sociedades y de las naciones, y Roma tiene el honor de ser la madre del Derecho. Si otros pueblos en la antigüedad fueron gloriosos por el esplendor de las artes, por la altura de las especulaciones filosóficas, por el refinamiento de la cultura, el pueblo romano no fué detrás de ninguno en el profundo sentido del Derecho, por la constitución de aquellas admirables instituciones jurídicas con las que unificó al mundo entonces conocido, dejando detrás de sí una tradición que ha resistido la dentellada devoradora del tiempo.

Roma, faro de la fe de Cristo y sede del Supremo magisterio de las almas

»Pero vosotros, además de ser juristas, os confesáis juristas «católicos»; y Roma, por disposición divina, es el faro siempre esplendoroso de la fe de Cristo, el centro de la unidad visible de la Iglesia, la sede del Supremo magisterio de las almas, donde la catolicidad presenta particular fuerza y grandeza, y se hace más tangible que en cualquier otro país del mundo por el afluir de todas las gentes al lugar de la cátedra y del sepulcro de Pedro. Deshecho el imperio de los césares por la arrolladora invasión de los pueblos que amenazaban sus confines, dos cosas sobrevivieron a la decadencia de la más grande y más augusta ciudad que la historia recuerda: la una es su «corpus iuris», que vino a ser el derecho de toda la Europa civilizada, todavía vigente en muchas de sus partes en las instituciones contemporáneas, todavía objeto de estudio apasionado, como tronco vivo, cuya savia no se secó con el correr de los años, todavía dotado de aquella pujanza unificadora que desplegó en su lento proceso formativo; y la otra, la nueva fe que Pedro y Pablo nos trajeron, el nuevo trono de la verdad que el primer jefe visible de la Iglesia, por Cristo di-

rectamente elegido e investido del poder de las llaves, afirmó establemente eligiendo la urbe por su sede. Los siglos han pasado inclinándose delante de su granítico bloque, sin arañarlo siquiera; las vicisitudes se han sucedido para sacudirlo y abatirla, pero en vano, y vosotros lo veis todavía sólido e íntegro, elevado sobre las gentes como señal visible de la perennidad de la obra de Cristo.

»Fué, pues, en Roma y en el mundo fermentado por su civilización donde las dos realidades más vitales (la una fruto de la sabiduría jurídica de un pueblo, y por ello de origen humano; la otra, irradiación del mundo de la revelación anunciada por el Hijo de Dios hecho hombre, y por ello de origen trascendente y divino) se encontraron y se fundieron con vínculos íntimos, porque el derecho de Roma, penetrado de la nueva luz que emanaba del mensaje cristiano, gradualmente se transformó en el espíritu, se elevó en las concepciones, se perfeccionó en muchas de sus instituciones, se enriqueció en sus disposiciones, acogiendo progresivamente los principios, las ideas, las exigencias superiores de la nueva doctrina. La obra legislativa de los emperadores cristianos nació de este feliz enlace de la sabiduría humana y de la sabiduría divina, del cual quedan huellas indelebles capaces de demostrar al mundo moderno cómo entre la verdadera ciencia jurídica y las enseñanzas de la fe cristiana no hay oposición, sino concordancia, porque la fe no puede menos de sellar con su sello la verdad que la mente humana descubre, considera y ordena.

El jurista ha de conocer, ante todo, las cosas divinas

»Por esto hemos dicho que un oportuno consejo os ha traído a escoger Roma como sede de vuestro I Congreso; pero, al mismo tiempo, esta elección os dice cuán noble y alta es vuestra profesión y qué exigencias en su ejercicio impone a cada uno de vosotros la profesión particular de que os gloriáis.

»La nobleza de vuestra profesión ha sido magníficamente descrita por Ulpiano, quien definía la jurisprudencia *divinarum atque humanarum rerum notitia, iusti atque iniusti scientia* (L., 10; D., 1, 1). ¡Qué noble objeto se asigna en esta definición a la ciencia jurídica y qué alto la eleva sobre otras ramas del humano saber! La mirada del jurista digno de este nombre se extiende sobre un amplísimo horizonte, cuya vastedad y variedad están significadas por las cosas mismas a las que debe dirigir su atención y su estudio. Tiene que conocer, ante todo, las cosas divinas, *divinarum rerum notitia*, no sólo porque en la vida humana social la religión debe ocupar el primer puesto y dirigir la conducta práctica del creyente, a la que también el derecho deberá dictar sus normas; no sólo porque algunas de las principales instituciones, como la del matrimonio, tienen un carácter sagrado que el derecho no puede ignorar, sino sobre todo porque sin este superior conoci-

miento de las cosas divinas el panorama humano, que es el segundo y más inmediato objeto, *humanarum rerum notitia*, sobre el cual debe posarse la mente del jurista, quedaría privado de aquel fundamento que supera todas las vicisitudes humanas en el tiempo y en el espacio y reposa en el absoluto: en Dios.

»Sin duda, el jurista no está llamado por su profesión a dedicarse a la especulación teológica para conocer el objeto de su estudio; pero si él no sabe alzarse a la visión de la realidad suma y trascendente, de cuya voluntad deriva el orden del universo visible y de aquella pequeña parte de éste que es el género humano con sus leyes inmanente y moralmente necesarias, le será imposible ver en ella su admirable unidad y en sus más íntimas profundidades espirituales la complicación de las relaciones sociales, a las que el derecho preside, y sus normas reguladoras. Si, como afirmaba el gran jurisconsulto y orador romano, *natura iuris... ab hominis repetenda (est) natura* (Cicer., «De Legibus», 1, 1, cap. 5 ó 17), la naturaleza o la esencia del derecho no puede derivarse sino de la naturaleza misma del hombre, y como, por otra parte, esta naturaleza no puede ser conocida, ni siquiera aproximadamente, en su perfección, dignidad y elevación y en los fines que gobiernan y subordinan sus acciones, sin la conexión ontológica por la cual está ligada a su causa trascendente, es claro que al jurista no le será posible conquistar un sano concepto del derecho ni conseguir una ordenación sistemática de él, sino renunciando a ver al hombre y a las cosas humanas fuera de la luz que emana de la divinidad para aclararle el camino fatigoso de sus investigaciones.

El error del racionalismo moderno

»El error del racionalismo moderno ha consistido precisamente en la pretensión de querer construir el sistema de los derechos humanos y la teoría general del derecho considerando la naturaleza del hombre como un ente que existe por sí, al cual faltara toda referencia necesaria a un ser superior, de cuya voluntad creadora y ordenadora dependa en la esencia y en la acción. Vosotros conocéis en qué dédalo inextricable de dificultades se encuentra envuelto el pensamiento jurídico contemporáneo a causa de esta desviación inicial y cómo el jurista que se ha conformado al canon establecido del llamado positivismo ha visto truncada su obra, perdiendo, con el recto conocimiento de la naturaleza humana, la sana concepción del derecho, al cual le falta aquella fuerza coactiva sobre la conciencia del hombre, que es su primero y principal efecto. Las cosas divinas y humanas que, según la definición de Ulpiano, forman el objeto más general de la jurisprudencia, están tan íntimamente unidas, que no se puede ignorar la primera sin perder la exacta valoración de la segunda.

»Esto es tanto más verdadero cuanto que el objeto más específico de la ciencia jurídica es lo justo y lo injusto, *iusti atque iniusti scientia*, o sea es la justicia, en su alta función equilibradora de las exigencias individuales y sociales en el seno de la familia humana. La justicia no es solamente un concepto abstracto, un ideal externo al cual deben tratar de adaptarse las instituciones cuanto sea posible en un momento histórico dado, sino es también, y sobre todo, algo inmanente al hombre, a la sociedad, a sus instituciones fundamentales, a causa de aquella suma de principios prácticos que dicta e impone, de aquellas normas de conducta más universales que forman parte el or-

den objetivo humano y civil establecido por la mente altísima del primer Autor. La ciencia de lo justo y lo injusto supone, pues, una más elevada sabiduría, que consiste en conocer el orden de lo creado y, consiguientemente, a su Ordenador. El derecho, como enseñaba el Aquinate, «est obiectum justitiæ» (Sto. Th., 2, 2, p. q. 57 a. 1), es la norma en que se concreta y se actúa la grande y fecunda idea de la justicia, y como tal, si conduce a Dios, eterna e inmutable justicia en su esencia, recibe de Dios luz y claridad, vigor y fuerza, sentido y contenido.

El sujeto del derecho es el hombre elevado al orden sobrenatural

»El jurista se mueve, por lo tanto, en el ejercicio de su profesión entre lo infinito y lo finito, entre lo divino y lo humano, y en este movimiento necesario consiste la nobleza de la ciencia que cultiva. A otros títulos, en virtud de los cuales se ennoblece ante el consorcio humano, se pueden mirar como consecuencia del que ya hemos apuntado. Si el objeto de su investigación son las normas jurídicas, el sujeto al que éstas están destinadas es el hombre, la persona humana, la cual viene así a caer en el campo de su competencia. Y nótese que no es el hombre en su parte inferior y menos noble, que es estudiado por otras ciencias también ellas útiles y dignas de admiración, sino el hombre en su parte superior, en su propiedad específica de agente racional, que, para conformarse con las leyes de su racionalidad, debe obrar guiada por algunas normas de conducta o directamente dictadas a él por su conciencia, reflejo y heraldo de una más alta ley, o prescritas a él por la autoridad humana, reguladora de la vida en sociedad. Es verdad que, bajo la mirada del jurista, el hombre no se presenta siempre en los aspectos más elevados de su naturaleza racional, sino frecuentemente ofrece a su estudio los lados menos loables, sus malas inclinaciones, su perversidad, la culpa y el delito; sin embargo, aun bajo el ofuscado esplendor de su racionalidad, el verdadero jurista debe ver siempre aquel fondo humano del cual la culpa y el delito no llegan nunca a destruir el sello impreso en ellos por la mano del Creador.

»Si consideráis, pues, el sujeto del derecho con los ojos de la fe cristiana, ¿qué aureola de luz descubriréis en torno a su cabeza: la corona de que le ha circundado la redención de Cristo, la sangre derramada por su rescate, la vida sobrenatural, a la cual le restituyó Él y de la cual le ha hecho partícipe, y el fin último que le asignó como término de su camino terreno? En la nueva economía, el sujeto del derecho no es el hombre en la naturaleza pura, sino el hombre elevado por la gracia del Salvador al orden sobrenatural, y por eso mismo, puesto en contacto con la divinidad mediante una nueva vida, que es la vida misma de Dios, aunque participada. Su dignidad crece, pues, en proporciones infinitas, y, por lo tanto, en igual proporción aumenta la nobleza del jurista, que la hace objeto de su ciencia.

Algunas normas fundamentales

»Los insolubles contrastes entre el alto concepto del hombre y del derecho, según los principios cristianos, que hemos tratado de exponer brevemente, y el positivismo jurídico pueden ser en la vida profesional fuentes de íntima amargura. Conocemos bien, amados hijos, cómo no rara vez en el ánimo del jurista católico que quiere con-

servar su fidelidad a la concepción cristiana del derecho surgen conflictos de conciencia, particularmente cuando se encuentra en la coyuntura de tener que aplicar una ley que la conciencia misma condena como injusta. Gracias a Dios vuestro deber está aquí notablemente aligerado por el hecho de que en Italia el divorcio (causa de tantas angustias interiores, aun para el magistrado que debe ejecutar la ley) no tiene derecho de ciudadanía. Pero, en realidad, desde el fin del siglo XVIII se han multiplicado —especialmente en regiones donde arreciaba la persecución contra la Iglesia— los casos en que los magistrados católicos han venido a encontrarse ante el angustioso problema de la aplicación de leyes injustas. Por eso aprovechamos la ocasión de esta reunión vuestra en torno a Nos para iluminar la conciencia de los juristas católicos mediante la enunciación de algunas normas fundamentales.

»1.^a PARA TODA SENTENCIA VALE EL PRINCIPIO DE QUE EL JUEZ NO PUEDE, PURA Y SIMPLEMENTE, APARTAR DE SÍ LA RESPONSABILIDAD DE SU DECISIÓN PARA HACERLA RECAER TODA SOBRE LA LEY Y SUS AUTORES. Ciertamente son éstos los principales responsables de los efectos de la ley misma. Pero el juez, que con su sentencia la aplica a cada caso particular, es con causa, y, por lo tanto, corresponsable de sus efectos.

»2.^a EL JUEZ NO PUEDE NUNCA CON SU DECISIÓN OBLIGAR A NADIE A UN ACTO INTRÍNECAMENTE INMORAL; es decir, contrario por su naturaleza a las leyes de Dios y de la Iglesia.

»3.^a NO PUEDE EN NINGÚN CASO RECONOCER Y APROBAR EXPRESAMENTE LA LEY INJUSTA (la cual, por lo demás, no constituiría nunca los fundamentos de un juicio válido en conciencia y ante Dios). *Por eso no puede pronunciar una sentencia penal que equivalga a tal aprobación.* Su responsabilidad sería todavía más grave si su sentencia causara escándalo público.

»4.^a SIN EMBARGO, NO TODA APLICACIÓN DE UNA LEY INJUSTA EQUIVALE A SU RECONOCIMIENTO O SU APROBACIÓN. En este caso el juez puede —y a veces acaso debe— dejar seguir su curso a la ley injusta, siempre que sea el único medio de impedir un mal mucho mayor. Puede infligir una pena por la transgresión de una ley inicua si ésta es

de tal naturaleza que aquél que resulte condenado está razonablemente dispuesto a sufrirla para evitar un daño o para asegurar un bien de mucha mayor importancia, y *si el juez sabe o puede prudentemente suponer que tal sanción será voluntariamente aceptada por el transgresor por motivos superiores.* En los tiempos de persecución, frecuentemente sacerdotes y seglares se han dejado condenar, sin oponer resistencia, incluso por magistrados católicos, a multas o a privación de la libertad personal por infracción de leyes injustas, cuando de este modo era posible conservar para el pueblo una magistratura honesta y apartar de la Iglesia y de los fieles mucho más temibles calamidades.

»Naturalmente, cuando más graves consecuencias tenga la sentencia judicial, tanto más importante y general debe ser también el bien que ha de protegerse o el daño que ha de evitarse. *Hay, sin embargo, casos en que la idea de la compensación mediante la consecución de bienes superiores o el alejamiento de males mayores no puede tener aplicación, como en el caso de la sentencia de muerte.* En particular, el juez católico no podrá pronunciar, sino por motivos de gran importancia, una sentencia de divorcio civil (donde éste rige) para un matrimonio válido ante Dios y la Iglesia. Él no debe olvidar que tal sentencia prácticamente no viene a anular sólo los efectos civiles, sino, en realidad, conduce a hacer considerar erróneamente el vínculo actual como roto, y el nuevo como válido y obligatorio.

»A vosotros, amados hijos, os auguramos de todo corazón que la divina Providencia os conceda poder ejercer vuestro oficio siempre en el ámbito de una legislación justa y conforme a las legítimas exigencias sociales. Proponemos de todos los medios posibles actuar en vosotros el ideal perfecto del jurista, que por su competencia, por su prudencia, con su conciencia, por su rectitud, merece y se concilia la estima y la confianza de todos.

»Con estos votos, y en prenda de los más abundantes favores divinos, os impartimos con paternal benevolencia, a vosotros, lo mismo que a vuestra naciente y ya prometedora Asociación, nuestra bendición apostólica.»

La Virgen Santísima vencedora de Satanás

Tomemos por nuestro auxilio y mediadora a la Virgen María y Madre de Dios, ya que venció a Satanás, en su Concepción purísima; despliegue su poder contra las sectas impías, en que se ven claramente revivir la soberbia contumaz, la indómita perfidia y los astutos fingimientos del demonio. Pongamos por intercesor al Príncipe de los Angeles del Cielo, San Miguel, que arrojó a los enemigos infernales; a San José, Esposo de la Virgen Santísima, Celestial Patrono de la Iglesia Católica; a los grandes Apóstoles San Pedro y San Pablo, sembradores de la fe cristiana y sus invictos defensores. En su patrocinio y en la perseverancia de todos en la oración confiamos que Dios acuda oportuna y benignamente al género humano, expuesto a tan enormes peligros.

LEÓN XIII. Enc. «*Humanum genus*», sobre la Masonería y otras sectas hostiles a la Iglesia.

Exhortación apostólica SOLLEMNIBUS DOCUMENTIS

Su Santidad Pío XII invita a una nueva cruzada de oraciones para que se dé a Jerusalén y a toda la Palestina un régimen según las normas de la verdadera justicia.

A los Venerables Hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios de lugar, en paz y comunión con la Sede Apostólica Pío PP. XII.

Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica.

En solemnes documentos y discursos hemos invitado en estos últimos tiempos, siempre que se presentó la oportunidad, a nuestros hijos esparcidos por todo el mundo a dirigir a Dios sus oraciones por aquella Tierra Santa «de la cual vino a todas las gentes tanta luz de verdad desde la antigüedad más remota» (Enc. «Auspicia quaedam», AAS, 1948, Pág. 170).

Y hoy, mientras en las asambleas públicas se discute la futura organización de Palestina, Nos, fieles al deber de nuestro ministerio apostólico, deseamos vivamente que todos aquellos que se glorían del nombre de cristianos, unidos a Nos, impetren de Dios omnipotente con más insistentes súplicas los dones de la paz, del amor y de la justicia para aquellos Santos Lugares.

Todos saben como junto a la gruta de Belén los ángeles, cantando la gloria de Dios, anunciaron la paz a los hombres de buena voluntad (Cfr. Luc. II, 14); cómo por las ciudades, aldeas y villas de Palestina pasó haciendo el bien (Cfr. Act. X, 38). Aquel que dió a los hombres errantes como ovejas sin pastor (Cfr. Mat. IX, 36), el precepto y el ejemplo del amor; cómo sobre el Gólgota, Cristo, Dios y Hombre, ofreciéndose víctima inmaculada de los pecados de los hombres, mereció con su sangre el triunfo de la verdadera libertad y de la justicia.

Si, pues, el recuerdo agradecido de tan grandes beneficios está indisolublemente ligado a aquella sagrada región, es hoy estricto deber, más que en ocasión alguna, que se eleven al cielo ardientes plegarias por aquella tierra que, a lo largo de los siglos, fué meta de fervorosas peregrinaciones de innumerables cristianos; la que suscitó en ellos entusiasmos capaces de cualquier sacrificio; la que ocupó y ocupa con razón un puesto privilegiado en el pensamiento y en todos los afectos de todos los cristianos.

¡Ojalá que la Virgen María, Madre de Dios, conmovida—como confiamos y ardientemente imploramos—en la bondad de su inmaculado corazón, obtenga del divino Redentor, por medio de esta nueva cruzada de oraciones, que se dé finalmente a Jerusalén y a toda Palestina un régimen según las normas de la verdadera justicia, que aleje, en realidad, el peligro de querellas y de ruinas; que conserve en su carácter sagrado aquellos lugares para la veneración y el amor de los fieles; que tutele todos los derechos que la piedad viva, la actividad, el celo y los sacrificios de tantos hijos de la Iglesia han asegurado a todo el mundo católico!

Con esta dulce esperanza, a todos vosotros, venerables hermanos, y a la grey confiada a vuestros cuidados, otorgamos amantísimamente en el Señor, como auspicio de las gracias celestes y prenda de nuestra benevolencia, la bendición apostólica.

Dado en Castelgandolfo, junto a Roma, el 8 de noviembre de 1949, XI de nuestro pontificado».



El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad

VII (*)

CONVENIENCIA DE INSTAURAR EN JERUSALEN Y SUS ALREDEDORES UN REGIMEN INTERNACIONAL

La Consagración al Corazón de María, fuente de favores celestiales

El Papa terminaba su Encíclica (16) poniendo de manifiesto la intrínseca gravedad de los momentos angustiosos que estaba viviendo la humanidad, ante los cuales, «los medios humanos resultaban inciertos e insuficientes».

Efectivamente, pese a todas las declaraciones de los hombres de Estado, que decían estar poseídos de la mejor buena voluntad para impedir la explosión de un nuevo conflicto armado, era fácil deducir, a la tenue luz de las informaciones periodísticas, que todo se conjuraba para convertir la Tierra Santa en inmenso campo de batalla donde toda ruina y devastación tendría su asiento.

En tan dramática coyuntura, cobran renovada actualidad las admoniciones de Su Santidad León XIII, al declinar el pasado siglo, cuando, contemplando la anarquía en que había caído el género humano, víctima de su soberbia y de su apartamiento culpable de Dios, y ante la violencia de los males que consumían y aniquilaban a los pueblos, exhortaba a buscar la ayuda del único «con cuya virtud podemos lanzarlos lejos de nosotros. Y ¿quién puede ser ése, fuera de Jesucristo, Unigénito de Dios?» En consecuencia, el Romano Pontífice disponía, como sobrenatural remedio, la Consagración del mundo entero al Corazón divino de Jesús: «En Él —agregaba el Papa— se han de colocar las esperanzas, a Él hay que pedir y de Él hay que esperar la salvación de los hombres» (17).

Recordando esa providencial decisión de su glorioso antecesor, Su Santidad el Papa felizmente reinante Pío XII, ponía como colofón de su mencionada Encíclica estas alentadoras palabras: «Así como nuestro predecesor, de inmortal memoria, León XIII, en los albores del siglo xx, quiso consagrar a todo el género humano al Corazón Sacratísimo de Jesús, así igualmente Nos, casi en representación de la familia humana por Él redimida, quisimos consagrarla al Corazón Inmaculado de la Virgen María. Por eso deseamos que, según lo permita la oportunidad, se haga esta consagración tanto en las diócesis cuanto en las parroquias y familias, y confiamos en que esta consagración pública y privada será fuente de abundantes beneficios y favores celestiales» (18).

La guerra y el sectarismo amenazan los Santos Lugares

No tardó en estallar la tormenta. Respaldado por la ayuda oficial y officiosa de los gobernantes de varios Es-

fados y la pasividad e inconsecuencia de otros, el judaísmo se lanzó, con los inmensos recursos puestos a su alcance, a convertir su «hogar nacional», en el llamado «Estado de Israel».

Luchas sangrientas, salpicadas de frios asesinatos colectivos de indefensas y tranquilas familias, asentadas desde tiempo inmemorial en el suelo palestín, produjeron en brevisimos meses un estado de cosas cuyas terribles consecuencias trató de ocultar, con su conocida táctica del silencio, la gran prensa internacional. Junto a esa inaudita explosión de violencia en los frentes de combate y en la retaguardia, comenzó sistemáticamente la incautación, saqueo y destrucción de iglesias y monasterios, y hasta de los mismos Santos Lugares, por parte de los nuevos amos de Palestina.

Frente a la lamentabilísima situación que atravesaba toda la Tierra Santa, una ola de estupor y de inconcebible inercia pareció paralizar incluso las mejores intenciones de quienes, por su condición o por su misión histórica, estaban llamados a levantar su voz y a emplear los resortes al alcance de su mano para intentar poner término a tanta perversidad y a tanta ignominia.

Un calculado sistema de treguas y subsiguientes violaciones de las mismas permitió en pocos meses a los judíos apoderarse de la mayor parte de la Tierra Santa. La amenaza que gravitaba sobre los Santos Lugares como consecuencia de la guerra adquiría de pronto un peligro quizá menos inmediato que el derivado de las hostilidades, pero si más concreto y, por ende, de más hondas derivaciones.

En el instante en que una de las treguas había hecho callar el estruendo de las armas, Su Santidad el Papa dirigió de nuevo al mundo católico una nueva Encíclica, en la que ponía de relieve el profundo dolor que embargaba su espíritu ante el intenso drama que se estaba desarrollando en la Tierra Santa, donde los propios Santos Lugares se hallaban, al parecer, condenados a ser víctima de la arbitrariedad y sectarismo de los nuevos ocupantes.

La palabra del Pontífice adquiría en aquellos momentos una especial resonancia: «Entre los múltiples cuidados que en este lapso de tiempo, tan fecundo en trascendentales consecuencias para el porvenir de toda la familia humana, nos hacen sentir el peso del Supremo Pontificado, ocupan de modo peculiar nuestra solicitud los referentes a la guerra que ensangrienta los Santos Lugares de Palestina, porque con toda verdad os podemos afirmar que las vicisitudes, tristes o alegres, no pueden atenuar el sumo dolor que nos atormenta con vehemencia cuando pensamos que en aquella región, sobre la cual Jesucristo Nuestro Señor derramó su sangre para redimir a todo el género humano, continúa corriendo sangre de hermanos, y que donde resonó y brilló para las almas, en medio de

(*) Véase CRISTIANDAD, núms. 127, 128-129, 132, 133, 134-135 y 136, páginas 310-311, 334-335, 398-399, 421-423, 451-452 y 474-475, respectivamente.

(16) Pío XII. Enc. «Auspicia quaedam».

(17) León XIII. Enc. «Annum Sacrum».

(18) Pío XII. Enc. cit.

las tinieblas de la noche, el primer anuncio angélico de paz, sigue la lucha y aumentan cada día más los sufrimientos de los desgraciados, y se acumulan horrores sobre horrores, mientras miles de prófugos y desterrados, arrancados de sus lares, vagan errantes buscando un pedazo de pan y un rincón seguro.»

El porvenir de los Santos Lugares era motivo de profunda inquietud para el Papa: «Particularmente sentimos pena y dolor cuando se nos notifica que los edificios sagrados y de beneficencia, levantados junto a los Santos Lugares, han sufrido grandes y graves daños, de donde es de temer que corran la misma suerte deplorable los mismos Santos Lugares de toda Palestina y, sobre todo, de Jerusalén, consagrados por el nacimiento, vida y muerte de nuestro divino Redentor.»

La seguridad y libre acceso a los Santos Lugares precisan una garantía internacional

Hacia el Papa, a continuación, hincapié en sus gestiones para remediar en lo posible el estado de cosas creado con el conflicto, reafirmando que la paz verdadera no podía conseguirse por la fuerza y con el uso de las armas, sino con la verdad y la justicia. Comenzada la guerra, el Pontífice trabajó denodadamente para que en Palestina triunfaran «la concordia y la tranquilidad unidas a la justicia, y para que permanecieran incólumes e intactos aquellos Santos Lugares», procurando, al propio tiempo, ayudar a las víctimas de la guerra.

Sin embargo, el Papa ponía de relieve una vez más cómo «las fuerzas humanas resultan incapaces para arreglar este difícil y enmarañado problema», por lo que era preciso confiar en la Omnipotencia divina, por lo que exhortaba de nuevo a hacer públicas oraciones a fin de que por la intercesión de la Santísima Virgen, «arregladas ecuanímente todas las cosas en Palestina, se restablezca allí felizmente la concordia y la paz». Parecía increíble al Santo Padre *«que toda la Cristiandad pueda contemplar con indiferencia o con estéril indignación que aquella Tierra Santa, que debería ser mirada por todos con ternura y besada con veneración y amor ardiente, sea devastada a sangre y fuego por los ejércitos y sea deshecha y arrasada por los bombardeos aéreos».*

Y añadía el Papa: «No podemos creer que vayan a ser locamente destruidos los Santos Lugares y el mismo sepulcro de Jesucristo. Por el contrario, abrigamos más bien la esperanza que las plegarias que por esta causa se elevan de todo el orbe al Todopoderoso y misericordioso Dios..., consigan realmente que los que rigen los destinos de los pueblos encuentren un camino menos duro y menos largo que conduzca a restituir la paz y la justicia en Palestina.»

Pero Su Santidad no se limitaba a expresar sus buenos deseos y sentimientos, antes bien, considerando la trascendental importancia del conflicto y los efectos que habrían de derivarse de la implantación del dominio de los judíos sobre la Tierra Santa, señalaba a los políticos responsables de la dirección de los Estados, y especialmente a aquellos a quienes más directamente afectaba el pro-



JERUSALEN. - El llamado «muro de las lamentaciones».

blema planteado en Palestina, la solución más apropiada para salvaguardar los supremos derechos del mundo católico. Y así, seguía diciendo:

«Del mismo modo esperamos que las plegarias prescritas y las aspiraciones nobilísimas de estos hombres probos, indice de la profunda estima que tiene por los Santos Lugares casi toda la gran familia humana, persuadirán completamente a todos aquellos que en las supremas reuniones tratan el gravísimo problema de dar la paz a los pueblos, que ES MUY CONVENIENTE INSTAURAR EN JERUSALEN Y SUS ALREDEDORES, DONDE SE CONSERVAN LOS MONUMENTOS VENERANDOS DE LA VIDA Y MUERTE DEL DIVINO REDENTOR, UN RÉGIMEN FUNDADO Y SÓLIDAMENTE ESTABLECIDO EN UN DERECHO INTERNACIONAL, el cual parece en las presentes circunstancias lo mejor y más apto para conservar esos mismos sagrados monumentos. *Con el mismo derecho internacional será conveniente confirmar la seguridad y el libre acceso a los Santos Lugares, restaurar y garantizar la libertad del culto divino y conservar incólumes las tradiciones de nuestros mayores»* (19).

José-Oriol Cuffi Canadell.

(19) Pío XII. Enc. «In multiplicibus».

EL PROBLEMA JUDIO A LA LUZ DE LA SAGRADA ESCRITURA

Reproducimos a continuación un notable artículo de Mons. J. Straubinger, aparecido en la Revista Bíblica de La Plata (Argentina), en el que este conocido autor examina la llamada cuestión judía, estudiándola a la luz de diversos textos bíblicos. También publicamos unas manifestaciones hechas a uno de nuestros redactores por el P. Pablo Demann, de la Congregación de Nuestra Señora de Sión de París, sobre el estado actual de la situación religiosa y vida cultural del pueblo judío. CRISTIANIDAD se limita a publicar ambos textos a título puramente informativo, sin que ello signifique conformidad con las opiniones expuestas y con las directivas indicadas, que en todo caso son de la absoluta responsabilidad de sus autores.

I

En general la Historia mide al pueblo judío con la misma medida que a las otras pequeñas naciones y razas, y como para dejar constancia de su insignificancia le dedica en sus copiosos volúmenes apenas unas pocas páginas. Nada más comprensible que esto, pues comparado con los demás pueblos de la antigüedad el de Israel se mostró tan inactivo y falto de poderío, que muchos escritores no tuvieron conocimiento de su existencia, o por lo menos no lo mencionan en sus libros. Los modernos sí lo conocen, pero, debido a su modo de juzgar a todos los pueblos con el mismo criterio, les escapa la posición singular de aquel pueblo, cuya fuerza vital está por encima de todo criterio humano y cuyo destino es como «el reloj de Dios a través de la Historia».

Es muy fácil considerar el problema judío exclusivamente desde el punto de vista económico, nacional o político, y señalar los peligros que la actividad comercial y financiera de los judíos implica para los pueblos cristianos; más fácil aun es instigar los sentimientos nacionales contra un pueblo que goza de las ventajas del internacionalismo y vive entre todas las naciones sin asimilarse a ninguna; pero con tal método no se resuelve la cuestión judía, ni siquiera se da comienzo a su solución.

La solución está en otro plano. Los judíos del Antiguo Testamento fueron el «pueblo elegido», la «porción escogida», la «nación santa» (Ex., 19, 5-6), «el hijo primogénito» (Ex., 4, 22), portadores y transmisores de la Revelación (Rom., 3, 2), no a causa de sus méritos, sino en virtud del libre beneplácito de Dios, que elige a quien quiere (Rom., 9, 11 y 18); pero una vez escogidos no están ya sometidos a las leyes ordinarias de la Historia, sino que andan por los caminos extraordinarios de la divina Providencia, que los ha mantenido hasta hoy en evidente contraste con lo que pasa con otros pueblos.

II

Todos sabemos que el pueblo elegido se convirtió en el *reprobado*, primero a consecuencia de sus continuas apostasías y después por su formulismo religioso que le ofuscó los ojos de tal manera que no reconoció al Mesías, a quien esperaba.

El hecho de la *apostasía* es tan manifiesto, que todos los profetas, desde el primero hasta el último, la denuncian y el mismo Jesucristo la llora (Mat., 13, 37-39). También San Pablo, citando a Isaías (6, 9-10), atestigua la incredulidad judía en Hech., 28, 28: «Os sea notorio que esta salud de Dios ha sido transmitida a los gentiles, los cuales prestarán oídos». En vista de tan tremendos juicios, es una provocación si el judío Max Kahn nos dice: «La judeidad es el pueblo que en los albores de la evolución ética de los hombres descubrió valores imperecederos de la vida y que fué desangrándose por ellos durante más de dos mil años» (Rev. de la Univ. Nac. de Colombia, abril 1948, pág. 9). Los judíos no «descubrieron» esos valores, sino que Dios se los enseñó, y no fueron desan-

grándose por su fidelidad; al contrario, porque no cumplieron la ley vinieron sobre ellos todas las calamidades hasta el destierro y la destrucción (cfr. Lev., cap. 26; Deut., capítulo 28 y la profecía de Cristo sobre la ruina de Jerusalén en Mat., cap. 24, etc.). Kahn olvida que los judíos tenían que ser la luz, es decir, misioneros de los paganos, deber sagrado que cumplieron muy insatisfactoriamente. Tampoco corresponde a la verdad la observación del mismo autor sobre los judíos como joyeros religiosos de la humanidad. «A los judíos, afirma Kahn, les gusta ser orfebres y joyeros, porque les gusta ser eso mismo en la vida religioso-espiritual.» ¡Ojalá hubieran sido joyeros religiosos en la antigua Grecia y Roma! En los apóstoles no encontramos nada de esa afición a la orfebrería, y, sin embargo, influyeron inmensamente más en la vida religioso-espiritual del mundo, en tanto que, como dice San Pablo, por causa de los judíos fué blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles (Rom., 2, 24). Cf. Ez., 36, 20.

III

La apostasía de Israel tuvo por consecuencia la transmisión de la salud a los *gentiles*, proclamada definitivamente por San Pablo (Hech., 28, 28) y muchos siglos antes anunciada por los profetas. Citamos por testigos solamente a los más grandes, *Moisés* e *Isaías*. En Deut., 32, 21-22, leemos: «Yo (Dios) esconderé mi rostro y ahora veré el fin cierto de ellos (es decir, de los judíos), pues son hijos desleales, una generación perversa. Me provocaron con no-dioses, me irritaron con vanos simulacros. Por eso Yo también los provocaré con un no-pueblo y los irritaré con gente insensata.» Bover-Cantera añade aquí la siguiente nota: «Por medio de estos bárbaros, que no merecen el nombre de pueblo, Dios dará a Israel pena adecuada a su culpa de adorar a quien no merecía el nombre de Dios.» La interpretación auténtica nos la da San Pablo en Rom., 10, 19-11, 12. El «no-pueblo», la «gente insensata», somos nosotros, los cristianos, hijos de pueblos gentiles, que para Israel no eran más que una masa insensata.

En *Isaías* dice el Todopoderoso: «Déjeme buscar por los que antes no me preguntaban; déjeme hallar por aquellos que no me buscaban. Dije: Heme aquí, heme aquí, a una nación que no invocaba mi nombre. Mantuve mis manos siempre extendidas hacia un pueblo rebelde, hacia aquellos que no caminaban por el buen camino» (Is., 65, 1-2). San Pablo explica este pasaje en el sentido de que la salud ha sido transmitida a los gentiles que antes no conocían a Dios (Rom., 10, 20-21), de modo que «por la caída de los judíos vino la salud a los gentiles» (Rom., 11, 11).

Pero no nos engriamos por ser sustitutos del pueblo escogido, pues también a nosotros nos eligió Él «conforme a la benevolencia de su voluntad, para celebrar la gloria de su gracia» (Ef., 1, 5-6), no en atención a nuestros méritos. «Si algunas de las ramas (del pueblo judío), dice San Pablo, fueron desgajadas, y tú (¡oh, gentil!), siendo acebuche, has sido injertado en ellas y hecho partícipe con

ellas de la raíz y de la grosura del olivo, no te engrías contra las ramas; que si tú te engrías, (sábetete que) no eres tú quien sostienes la raíz, sino la raíz a ti» (Rom., 11, 17-18). Si no seguimos esta regla de humildad, nos acarreamos el mismo castigo que los judíos.

IV

Lo extraordinario en el pueblo hebreo no es su reprobación, sino la solemne promesa de la *futura anulación de la misma*. Es ésta una de las más estupendas verdades, que *San Pablo* nos revela con toda su autoridad apostólica en II Cor., 3, 16, donde habla de la vuelta de los judíos al Señor, y especialmente en el cap. 11 de la Carta a los Romanos, donde dice que los judíos serán injertados de nuevo en el propio olivo (Rom., 11, 24), y agrega: «No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio —para que no seáis sabios a vuestros ojos—, el endurecimiento ha venido sobre una parte de Israel hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado en la Iglesia y de esta manera todo Israel será salvo» (Rom., 11, 25 ss.).

El Apóstol de los gentiles anuncia en este capítulo un «misterio» (v. 25), la *conversión de Israel*, y para aumentar nuestro asombro, nos hace vislumbrar que tal acontecimiento será de gran provecho para el mundo, pues «si el repudio de ellos es reconciliación del mundo, ¿qué será su readmisión sino la vida de entre muertos?» (v. 15); y «si la caída de ellos ha venido a ser la riqueza del mundo, y su disminución la riqueza de los gentiles, cuántos más su plenitud» (v. 12).

Palpamos aquí el misterio de la infinita misericordia de Dios que un día perdonará a su pueblo, «porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (v. 29) y los judíos, respecto a su elección, siguen siendo «muy amados a causa de los padres», los patriarcas.

De desobedientes e incrédulos se harán fieles y obedientes a la fe. Entonces será quitado de sus ojos el velo que produjo su ceguera (II Cor., 3, 13 ss.), y el endurecimiento de su corazón será ablandado por los golpes de la divina misericordia. Sobre este punto no hay divergencias entre los exégetas, tampoco sobre la fecha en que la cristiandad tendrá el gozo de presenciar tan fausto acontecimiento. Se cumplirá cuando «la plenitud de los gentiles haya entrado» (Rom., 11, 25), es decir, terminado el tiempo destinado a la conversión de los gentiles (cfr. Luc., 21, 24).

V

Mucho más difícil es la explicación de los *vaticinios referentes a Israel como pueblo*. El primero de los profetas que en nombre de Dios se pronunció sobre el futuro destino de Israel fué *Moisés*. En los capítulos 26 del Levítico y el 28 del Deuteronomio promete el gran profeta al pueblo fiel las más maravillosas bendiciones: «Yahvé te abrirá su rico tesoro, el cielo, concediendo a su tiempo la lluvia necesaria a tu tierra y bendiciendo toda obra de tus manos; de suerte que prestarás a muchas naciones, y tú mismo no tomarás prestado. Yahvé te constituirá cabeza y no cola, y estarás siempre encima y nunca debajo, si obedeces el mandato de Yahvé, tu Dios, que hoy te intimo para que cuides de practicarlo, y no te apartarás ni a la derecha ni a la izquierda de ninguno de los mandatos que hoy te ordeno» (Deut., 28, 12-14). Cf. Deut., 30, 3.

No faltan quienes buscan en estas palabras una predicción del dominio mundial de la raza hebrea y las ven cumplidas en la posición actual de los judíos como banqueros del mundo, lo que les da enorme influencia y prácticamente la superioridad sobre otras naciones, pues con el dinero se puede «estar siempre encima y nunca debajo» y hasta ganar las guerras. Sin embargo no hay fundamento exegético para tal interpretación. Su realización

depende, según *Moisés*, del fiel cumplimiento de la Ley antigua, de la cual, como todos sabemos, los judíos de hoy cumplen solamente una parte, si es que la cumplen, pues les falta el centro del culto mosaico, el Templo y los sacrificios.

Moisés no olvida la otra eventualidad, a saber, la apostasia de Israel, y le predice como castigo la dispersión entre otros pueblos: «Yahvé te desparramará por todas las naciones, de un extremo al otro de la tierra, y allí servirás a dioses extraños que no conoces tú, ni tus padres, a leño y a piedra. En aquellas naciones no lograrás descanso ni tendrá punto de reposo la planta de tu pie. Yahvé te dará allí un corazón trémulo, desfallecimiento añorante de ojos y congoja de espíritu. Tu vida te parecerá a lo lejos como pendiente de un hilo, y noche y día temerás, sin estar seguro de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Quién me diera fuese la tarde!, y a la tarde exclamarás: ¡Quién me diera fuese la mañana!» (Deut., 28, 64 ss.).

El profeta *Isaías* se refiere más de una vez al porvenir de Israel, por ejemplo en 10, 21 ss., donde dice: «Un resto volverá, un resto de Jacob, al Dios fuerte, pues aunque fuera tu pueblo Israel como la arena del mar, (sólo) un resto volverá.» La interpretación de esta profecía está asegurada por *San Pablo*, que la cita en Rom., 9, 27, en conexión con la conversión de Israel. En Is., 59, 20-21, habla el profeta de un futuro Redentor y sigue: «He aquí mi alianza con ellos, dice Yahvé: Mi espíritu, que está sobre ti, y las palabras que Yo he puesto en tu boca, no se apartarán de ella...» Felizmente poseemos la interpretación auténtica de este lugar en Rom., 11, 26, donde el Apóstol de los gentiles lo relaciona con la futura salvación de Israel. Encontramos aquí la idea de un nuevo pacto, distinto de los pactos anteriores hechos con *Abrahán* y *Moisés*. Será un pacto espiritual, idéntico con la Nueva Alianza, a la cual los judíos convertidos se asociarán y con ello recobrarán sus prerrogativas antiguas (Rom., 11, 29).

También por boca de *Jeremías* (cap. 31) y *Ezequiel* (capítulo 37) promete Dios hacer una nueva alianza con su pueblo. Dice el profeta *Jeremías*: «He aquí que vienen días, afirma Yahvé, en que pactaré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva... Este será el pacto que Yo concertaré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Yahvé: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y no necesitarán instruirse los unos a los otros, ni el hermano a su hermano, diciendo: «Conoce a Yahvé»; pues todos ellos me conocerán, desde el más pequeño hasta el mayor, dice Yahvé; porque perdonaré su culpa y no recordaré más sus pecados» (Jer., 31, 31-34).

Nótese ante todo que este vaticinio se dirige a ambos reinos judíos, el de Israel y el de Judá, no obstante la ruina total de aquél y la situación desesperada de éste, y que su fin es consolar a todas las tribus de Israel, no solamente a las dos que formaban el reino de Judá. Los que entienden por Israel a la Iglesia, han de reconocer que no se ha cumplido aún, o sólo muy imperfectamente, pues se necesitan todavía instrucción, catequesis y predicación y estamos muy lejos de aquel estado feliz en que no habrá más necesidad de enseñanza religiosa. Tomarlo en sentido hiperbólico es igualmente peligroso, pues es Dios quien habla en el pasaje citado, y Él no exagera como lo hacen los hombres. Además, aplicar exclusivamente a la Iglesia todos los vaticinios que hablan de un glorioso porvenir de Israel significaría acusar a la Iglesia de las iniquidades a que ellos aluden, como por ejemplo en el vaticinio citado, que no solamente habla de la nueva alianza con Israel, sino también de su «culpa» y sus «pecados» (Jer., 31, 34).

Más peligroso aun es el método de reservar para los judíos todas las profecías desagradables y para nosotros todas las agradables, aunque el profeta las dirige expresamente a las tribus de Jacob, a Israel, Jerusalén, Sion, etc. En el último número de «Estudios Bíblicos», enero-marzo

ACTUALIDAD

de 1949, página 99, el Padre José Ramos García, C. M. F., critica este sistema con las siguientes palabras: «Si en lugar de conceder a cada uno lo que es suyo, como piden de consuno la justicia y la Hermenéutica, se emplea el arcaduz de la espiritual alegoría para escanciar de buenas a primeras el contenido de los magníficos vaticinios en la Iglesia de la primera etapa, mientras Israel no está con ella, es obvio que al Israel converso no le han de quedar más que las esculladuras de las divinas promesas, no obstante mirar a él primera y principalmente. Y de pasar la cosa así como esa interpretación pretente, habría razón para aplicar a las grandiosas promesas, tan repetidas, ponderadas y precisas, hechas por Dios a ese pueblo, el dicho del poeta Venusino: «Parturient montes, nascetur ridiculus mus», lo que haría de la mayor parte de ellas algo así como una broma pesada.»

VI

Como se ve, las profecías del Antiguo Testamento respecto del porvenir de Israel son muy complicadas. Parecen referirse no solamente a su *conversión*, sino también a su *restauración* como nación. Claro está que, como dice San Pablo, las promesas de Dios en favor de su pueblo son irrevocables (Rom., 11, 29), es decir, se cumplirán indefectiblemente. Pero, ¿tenían ellas realmente carácter incondicional o sólo condicional? Si eran incondicionales, no faltará su cumplimiento; si, en cambio, eran condicionales, su cumplimiento debe estar vinculado a la conversión de Israel. Realizándose ésta, han de realizarse también las promesas. Ahora bien, San Pablo nos dice que la futura conversión de los judíos es cosa segura; no hay, pues, ningún obstáculo que se oponga al cumplimiento de las demás promesas y vaticinios acerca de Israel.

Más luz arrojan sobre nuestro problema las profecías que citamos a continuación. Leemos en *Jeremías* (30, 3): «He aquí que vienen días, dice Yahvé, en que haré volver a los desterrados de mi pueblo de Israel y Judá, y lo haré tornar a la tierra que di a sus padres, y la poseerán.» El lector piensa tal vez en la vuelta de los judíos del cautiverio, mas el hecho es que del cautiverio volvieron solamente las dos tribus de Judá y Benjamín, mientras que el profeta se refiere también a las diez tribus de Israel, que nunca volvieron. Debe, pues, tratarse de un acontecimiento futuro relacionado con la salvación de los judíos. Así lo explican entre los modernos el P. Páramo, S. J., y el P. Réboli, S. J., en sus ediciones de la Biblia de Torres Amat. Cf. Jer, 23, 3 y 8; Is., 11, 11 ss.

Ezequiel completa la profecía de Jeremías anunciando a su pueblo no sólo la vuelta, sino también la posesión perpetua de Palestina. Dice Dios por boca del profeta: «He aquí que Yo tomaré a los hijos de Israel de entre las naciones adonde emigraron, y los congregaré de todo alrededor, y los introduciré en su territorio... Los salvaré de todos los lugares donde pecaron, y los purificaré, y serán mi pueblo, y Yo seré su Dios... Y habitarán sobre la tierra que Yo di a mi siervo Jacob, donde moraron sus padres; y habitarán sobre ella ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos por siempre» (Ez., 37, 21-25).

Lo mismo promete Dios por *Amós*: «Los plantaré en su tierra, y ya no serán arrancados de su territorio, dice Yahvé, tu Dios» (Am., 9, 15); y por *Miqueas*: «En aquel tiempo, dice Yahvé, reuniré a la (nación) que cojea y congregaré a la extraviada, a la que Yo había dañado. Y convertiré los restos de la que cojea y formaré de la alejada un pueblo fuerte, y reinará Yahvé sobre ellos en el monte Sion desde ahora y para siempre» (Miq., 4, 6-7).

Zacarías añade a este cuadro consolador algunos rasgos nuevos: «Vendrán a Jerusalén muchos pueblos y naciones poderosas para buscar al Señor de los Ejércitos y orar en su presencia... y sucederá que diez hombres de

cada lengua y de cada nación tomarán a un judío, asiéndole de la franje de su vestido y diciéndole: Iremos contigo, porque hemos conocido que con vosotros está Dios» (Zac., 8, 22-23).

¿Cómo explicar tan estupendas profecías? ¿Hay que decir simplemente que todo se cumplió en los primeros cristianos, que en parte eran judíos y maestros de los gentiles? Santiago no lo explica así, sino que ve en ellas un acontecimiento futuro, cuando cita a Amós en el Concilio de los Apóstoles: «Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David que está caído; reedificaré sus ruinas y lo levantaré de nuevo, para que busque al Señor el resto de los hombres y todas las naciones, sobre las cuales ha sido invocado mi nombre, dice el Señor que hace estas cosas» (Hech., 15, 16-17). El exégeta francés Boudou observa sobre este pasaje: «Según la profecía de Amós, Dios realzará el tabernáculo de David; reconstruirá el reino davídico en su integridad y le devolverá su antiguo esplendor. Entonces Judá e Israel conquistarán y poseerán el resto de Edom, tipo de los enemigos de Dios, y todo el resto de las naciones extranjeras, sobre quienes el nombre de Dios ha sido pronunciado.»

Plena seguridad exegética nos proporciona el discurso escatológico del Evangelio de San Lucas, donde Jesucristo revela que los judíos «serán deportados a todas las naciones y Jerusalén será pisoteada hasta que el tiempo de los gentiles sea cumplido» (Luc., 21, 24). Este último término es a la vez el tiempo de la conversión de Israel, según nos dice San Pablo en Rom., 11, 25, de modo que la conversión de los judíos está conectada con el fin de su dispersión, o sea con su restauración como pueblo.

Con esto quedan definitivamente descartadas las soluciones de aquellos que creen que los vaticinios referentes al porvenir de Israel se han cumplido ya, sea en la mezquina restauración después del cautiverio de Babilonia, sea en forma alegórica en la Iglesia (véase párrafo V).

¿Será restaurada también *Jerusalén* y el *Templo*? Es ésta una pregunta ociosa. Los profetas predicen tanto la restauración de Israel como la de Jerusalén. Oigamos solamente al profeta Isaías: «La luna se pondrá roja y se oscurecerá el sol cuando Yahvé, Dios de los ejércitos, reinare en el monte Sion y en Jerusalén y fuere glorificado en presencia de sus ancianos» (Is., 24, 23). «Será Jerusalén mi alegría, y su pueblo mi gozo, y en adelante no se oirán más en ella llantos ni clamores... y los días de mi pueblo serán como los días del árbol y mis elegidos disfrutarán del trabajo de sus manos largo tiempo (Is., 65, 19-22). «Congratulaos con Jerusalén y regocijaos con ella fodos los que la amáis; rebosad con ella de gozo cuantos por ella estáis llorando, a fin de que chupéis la leche de sus consolaciones y quedéis saciados, y saquéis delicias de la plenitud de su gloria» (Is., 66, 10-11). Cambiando el estilo nos dicen lo mismo los demás profetas. Ezequiel nos trazó el plano de un nuevo Templo que no se ha realizado hasta ahora. (Ez., cps. 40-46). En caso de realizarse se convertirá en centro principal de la Cristiandad, previa la conversión del pueblo judío a Cristo.

Recién después de la restauración de Israel en el país de sus padres y su incorporación al Cuerpo místico de Cristo tendrán su pleno cumplimiento las magníficas profecías sobre la *gloria de Jerusalén*. Léase al respecto el misterioso Salmo 86, donde se dicen de ella cosas tan gloriosas que necesariamente ha de considerarse como «la metrópoli espiritual de todos los pueblos» (Prado, Nuevo Salterio, p. 502). Cf. Is., 2, 2-4; 54, 1-3; 60, 3-9; Ez., 37, 28; Am., 9, 11 ss.; Miq., 4, 1 ss.; S., 47, 2 ss.; 67, 29 ss.; 86, 4 ss.; 101, 5 ss.; Tob., 13, 11. En todos estos y muchos otros pasajes contemplamos a Sion bañada en la luz lejana de las esperanzas mesiánicas e inundada de gentes de todas las naciones y razas, rebosantes de júbilo y trayendo regalos. «La misma gloria divina, dice Calés, está interesada en la restauración de Israel. Naciones y reyes temerán y honra-

rán a Yahvé cuando comprueben que Él ha reedificado a Sion y ha desplegado su magnificencia; que ha escuchado la plegaria de aquellos a quienes los enemigos habían despojado y que parecían perdidos sin esperanza».

Los que toman en sentido escatológico la última de las setenta semanas de Daniel (cap. 9), tienen en la Jerusalén cristiana y su templo también un escenario para las fechorías del Anticristo y la victoria final de Cristo (II Tes., 2, 4 y 8; Is., 11, 4).

VII

Se oye frecuentemente la pregunta: *¿Qué dicen los profetas acerca de la vuelta de los judíos a Palestina?* Nada impide ver en este hecho el cumplimiento de los vaticinios citados, aunque su pleno cumplimiento está en conexión con la conversión de Israel. Cf. las notas que pusimos en la nueva versión del Salterio (Edit. Desclée), especialmente las notas a S. 105, 47; 106, 3; 124, 3; 125, 1 y 2; 147, 1.

Es verdad que según el derecho internacional ningún pueblo puede reclamar la posesión del país donde sus antepasados habitaron hace dos o tres mil años. ¿Qué sería del mapa de Europa si quisiéramos restablecer el orden demográfico de los tiempos de Jesucristo? ¿Y qué dirían, por ejemplo, los norteamericanos si los pieles rojas les reclamasen los territorios que hoy ocupan los blancos y negros? Los judíos son el único pueblo que no está sometido a la regla general, porque Palestina les corresponde por ley divina, mejor dicho, por misericordia divina, lo cual testifica el mismo Dios en Deut., 9, 4-6.

Es interesante que el Sionismo, que no se inspira en ideas religiosas, sino nacionalistas y racistas, parece ser el instrumento mediante el cual Dios empieza a dar cuerpo a los planes que tiene reservados para Israel. Y no menos interesante es el hecho de que los pueblos cristianos, por medio de las dos guerras mundiales, han contribuido a llevar a cabo los proyectos del Sionismo. En reconocimiento de los servicios que los judíos prestaron a Inglaterra en la primera guerra mundial, lord Balfour dirigió a Rothschild el siguiente mensaje: «El Gobierno de Su Majestad ve con agrado el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y empleará sus mejores esfuerzos para el logro de este objeto...» Y después de la segunda guerra mundial les pagó Norteamérica su deuda, ayudándolos con su enorme influencia en la ocupación de la mayor parte de Palestina, incluso el Négueb (Edom) de modo que el nuevo Reino de los judíos se extiende de mar a mar, del Mar Mediterráneo hasta el golfo de Akaba, como en los tiempos de Salomón. triunfaron sobre siete reinos árabes y su próximo objetivo es ocupar también el resto del país, incluso su capital, Jerusalén. Antes de la primera guerra mundial había en Palestina 35.000 judíos, hoy su número es veinte veces mayor y en breve pasará de un millón.

En todo esto vemos el dedo de Dios. Pero no es todavía el fin. Los judíos que bajo la bandera del Sionismo inmigraron al país de Abraham, Isaac y Jacob, no piensan en adherirse a la Iglesia. Su conversión a Cristo es un misterio y es muy posible que no se realice así como soñamos nosotros. Será una de las grandes obras que sólo Dios puede hacer, y si lo hace con la pedagogía que hasta ahora ha aplicado, los judíos, y especialmente su nuevo reino palestinese, han de pasar por una catástrofe decisiva que les abrirá los ojos.

Entonces se verificará lo que dice San Pablo: «Si la caída de ellos ha sido la riqueza del mundo, y su disminución la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plenitud?» (Rom., 11, 12). El Apóstol quiere decir que los judíos, una vez partícipes del Reino de Jesucristo, serán la riqueza espiritual del mundo, quizás sus nuevos misioneros, en aquellos tiempos de apostasia que San Pablo predice en II Tes., 2, 3, y el mismo Cristo en Mat., 18, 18. No nos atrevemos a ahondar en este tema, que contemplado en toda su profundidad es tan difícil como la explicación del Apocalipsis. Con todo queremos hacer notar, con Bover-Canterra (Sagrada Biblia, pág. 996), que es «tradición fundada», que «la restauración de Israel tendrá por coronamiento la conversión de los pueblos gentiles a la verdadera religión».

Temas muy poco tratados son también: *la santidad prometida a Israel, la restauración del trono de David, la reunión de Israel y Judá.*

A estos hechos se refiere tal vez la misteriosa pregunta de los Apóstoles el día de la Ascensión: «Señor, ¿es éste el tiempo en que restableces el Reino para Israel?» (Hechos, 1, 6). Para muchos esta pregunta es tan incomprensible, que la toman como prueba de la poca inteligencia de los Apóstoles y de su falta de espíritu. Sin embargo, dice la Escritura que Jesús fué visto por ellos después de la Resurrección por espacio de cuarenta días y habló con ellos del Reino de Dios (Hech., 1, 3). ¿Eran los Apóstoles realmente faltos de espíritu? ¿No lo son más bien sus críticos, que quieren negar a los judíos la futura gloria después de su sumisión a Cristo? Cf. Jer., 31, 33-34; Zacarías, 8, 22-23; 12, 10; 14, 8-11; Hech., 3, 21; Apoc., 10, 7.

El presente trabajo no pretende resolver el problema judío; su único fin es mostrar que, según las Escrituras, los judíos son un pueblo extraordinario, al que Dios mantiene para cumplir sus promesas. Si hoy reclaman el país de sus antepasados y lo ocupan poco a poco, obedecen, sin darse cuenta, a la voz de Dios, que los congrega de nuevo en aquel pequeño territorio, para obrar en ellos el misterio predicho por San Pablo y los profetas del Antiguo Testamento. Nada sabemos sobre el modo de su realización, pero estamos seguros de que será la obra más estupenda entre la primera y la segunda venida de Cristo, y probablemente el acto preliminar de esta última.

J. Straubinger

(Revista Bíblica, La Plata (Argentina), jul.-sept. 1949.)

La Virgen Santísima, debeladora de las herejías

Roguemos, venerables hermanos, del fondo de nuestro corazón y de nuestras almas a la misericordia de Dios, ya que El mismo dijo: No apartaré de ellos mi misericordia...

Pero para que más fácilmente Dios acepte nuestras oraciones y deseos, pongamos por intercesora a la Inmaculada y Santísima Virgen María, Madre de Dios, que deshizo todas las herejías en el mundo y que siendo amantísima Madre nuestra, «es toda dulce... y llena de misericordia... se muestra a todos clementísima y propicia, y se compadece de nuestras necesidades con amplísimo corazón», y pues es Ella la Reina que está en la diestra de su Unigénito Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, vestida de vestes, doradas y variadísimas, nada hay que no pueda conseguir del Señor.

PIO IX. Enc. «Quanta Cura», contra los errores del naturalismo y del liberalismo

El pueblo de Israel: Una congregación para su vuelta a la Iglesia

Conversación con sus miembros

Después de la cordial acogida que me hicieron, jamás podré dejar de asociar, en mi memoria, a París con los Padres de Nuestra Señora de Sion.

Porque realmente cuando, hace ya de ello varios años, el Padre Fernández, S. J., me mandaba desde Jerusalén la dirección de la sede de la Congregación, bien lejos estaba yo de suponer que terminaría almorzando con aquella comunidad y oyendo de labios de sus miembros interesantísima conversación sostenida durante inolvidables horas en el jardín de su residencia —68 Nôtre Dame des Champs, islote de espiritualidad en pleno Montparnasse— y bajo la protección de la Virgen blanca de Sion, que desde su hornacina bendice la cotidiana tarea de los que trabajan bajo su advocación.

Bien es cierto que desde antes de este contacto directo de ahora, sentía ya amor hacia esta Congregación, como cristalización de una curiosidad intensa hacia lo que de cerca o de lejos pudiera alcanzar al pueblo de Israel.

Ante tantas actitudes ante dicho pueblo —desde la simple curiosidad intelectual o la fría indiferencia, hasta el odio sistemático, pasando por la sensiblería más o menos pagana—, los Padres de Nuestra Señora de Sion dirigen todos sus esfuerzos a una cosa: a la conversión, al retorno de los hijos de Israel al seno de la Iglesia Católica, bajo las directrices y enseñanzas de su fundador, el Venerable Ratisbona.

Cuando son innumerables los artículos y los volúmenes sin fundamento alguno, o peor aún, con torcida y malévolamente intencional, que ven la luz en nuestros días sobre el pueblo judío y sus tremendos y misteriosos problemas (1), los religiosos de Nuestra Señora de Sion, desde su revista periódica «Cahiers Sioniens» —antes «La question d'Israël»—, van dando muestras de su conocimiento del tema y del grado de profundidad y madurez de sus conocimientos como especialistas en la materia (2).

Sobre innumerables cuestiones departí con el P. Colson, Superior de la Congregación, precisamente recién llegado del Brasil, en donde existe una casa del Instituto, y con el P. Demann, cuya pluma bien templada ejerce poderosa influencia y cuya juventud da derecho a esperar espléndidos frutos para la Institución y la Iglesia (3). Pero dejando para nueva ocasión el desarrollo de otras cuestiones —CRISTIANDAD tiene en preparación un número dedicado por completo al pueblo de Israel—, trasladaré a estas líneas algo de lo que en respuesta a mis preguntas me contestó el Padre Pablo Demann (4).

(1) Cfr. CRISTIANDAD, núm. 5 del 1.º junio 1944, en el que se insertan textos esenciales para la adecuada comprensión del «Misterio de Israel».

(2) Para muestra véase el índice de dos números de «Cahiers Sioniens» tomados al azar; núm. 1.º mayo 1949. La vuelta de Israel. — Carta sobre el retorno de Israel. — Una encuesta sindical en Palestina. — La vocación profética de Isaías. — Los refugiados judíos. — Ideas y hechos. — Crítica de libros. — Núm. 1.º julio 1948. — Los judíos, ¿están malditos? — Reflexiones sobre la condición de los judíos. — Asimilación. — La restauración judía bajo los reyes Aqueménidas. — Una página de historia: de la legión judía al estado de Israel: Vladimiro Jabotinsky. — Bergson y la fe cristiana. — En busca de la unidad orgánica de Israel.

(3) Entre sus más recientes trabajos: «Judíos de hoy», Amberes 1949. «Los judíos y la enseñanza cristiana», Bruselas 1949.

(4) Dado lo delicado del tema, el propio P. Demann ha tenido la bondad de revisar el texto del artículo, mereciendo su conformidad como reflejo exacto de su pensamiento.

¿Podría darme algunas indicaciones a propósito de las conversiones de los judíos al catolicismo y de la frecuencia y características de estas conversiones?

— Es una pregunta difícil. Existen pocas estadísticas, gracias a Dios, a propósito de los judíos que vienen a la Iglesia. Desde luego, desde los Apóstoles hasta hoy, el pueblo de la Antigua Alianza jamás ha permanecido ausente de la Iglesia.

»Desde unos 100 ó 150 años, es decir, a partir de la abolición de los «gettos» y la vuelta al contacto entre judíos y cristianos, el número de conversiones ha aumentado en gran manera, sobre todo en países en donde este contacto es intenso y bien visto. En toda Europa y durante este periodo es preciso contar las conversiones no ya por decenas, sino por centenares de miles. Teniendo en cuenta lo exiguo de los esfuerzos intentados, el pequeño número de apóstoles y el inmenso obstáculo que constituyen las inveteradas prevenções por ambas partes, uno no puede por menos que asombrarse de los maravillosos frutos que produce en Israel la gracia del Espíritu y el testimonio de los católicos auténticamente caritativos y de espíritu comprensivo. Le daré un índice que tal vez le asombrará: ¿Sabía usted que deben contarse por lo menos por centenares en la Santa Iglesia los sacerdotes, religiosos y religiosas de origen judío?

»¿Que cómo se producen estas conversiones? Se trata, como siempre, de un secreto del Espíritu que opera en el fondo de las almas. Desde el punto de vista humano, la diversidad es muy grande. Lo evidente es que un «proselitismo» estrecho e indiscreto sólo puede crear obstáculos. Si ello puede decirse de todo apostolado, es aún más cierto en este caso. A pesar de todo, los judíos son nuestros antepasados en la historia de nuestra salud, e inclusive, si se posee la razón, es siempre poco agradable dar lecciones a los antepasados. A mayor abundamiento, un pasado milenarío, con sus oposiciones y persecuciones, sus tentativas de conversión más o menos forzadas, pesa sobre este apostolado. Solamente un grande y sincero respeto a los valores de Israel a la libertad de las almas y a la acción del Espíritu Santo, juntamente con una caridad pura, profunda y fraternal, pueden hacer eficaz nuestro testimonio cerca de Israel. Una acción directa sólo puede concebirse aquí dentro del plano de los contactos personales. Pero una acción continuada, de mayor alcance, puede y debe crear las condiciones y el clima dentro de los cuales su fe pueda florecer: un esfuerzo de conocimiento y comprensión recíprocas, que derrumbará, por ambos lados, los prejuicios y las animosidades.

Le agradecería me hiciera conocer la situación religiosa del judaísmo actual

— Me plantea usted una pregunta difícil. Otra vez estamos ante una gran diversidad, en un terreno que ya por su naturaleza escapa a las estadísticas. Es necesario, ante todo, distinguir entre una clasificación exterior, según las comunidades definidas, y la vivacidad o intensidad de vida religiosa que se encuentre —o que no se encuentre— en las distintas comunidades.

»En cuanto al primer aspecto, el exterminio casi completo de las poblaciones judías de la Europa oriental —¡cinco millones de almas!— ha privado a la ortodoxia judía tradicional de su gran reservorio vital. No olvide usted que esa estricta ortodoxia, estrechamente ligada a toda una forma de vida familiar y social, es tremendamente difícil, si no imposible, de practicar y mantener fuera de un medio judío lo suficientemente homogéneo. También el movimiento ininterrumpido de emigración que desde hace casi un siglo partía de esos países hacia el Oeste conducía frecuente y fatalmente, casi a medida que los emigrados se instalaban y asimilaban en los países occidentales, el abandono progresivo de las prácticas y más tarde de las creencias de la ortodoxia tradicional, excepto allí en donde islotes constituidos en forma lo suficientemente compacta permitían reconstituir un medio favorable a su conservación.

»Es por ello que los ortodoxos son solamente una minoría en los países donde los judíos se han dispersado o asimilado fuertemente, mientras que detentan la inmensa mayoría en las poblaciones judías estables u homogéneas, por ejemplo, África del Norte y el Próximo Oriente, y forman una minoría muy importante —de uno a dos millones sobre cinco— en los Estados Unidos. En el Estado de Israel, como usted sabe, las elecciones para la Constituyente han dado un 15 por 100 de votos al bloque de los ortodoxos. Esta cifra sólo tiene un valor de mera indicación, pues la influencia de la ortodoxia es, de hecho, considerable y en la actualidad más bien en aumento.

»Más numerosos que los «ortodoxos», los «conservadores» representan al judío medio. Entienden ellos que de la tradición judía conservan todo lo que permite la vida moderna. No se trata de una doctrina ni de una práctica definida o uniforme, sino más bien de un compromiso práctico entre adaptación y conservación.

»El judaísmo «liberal» estima entrar plenamente, deliberadamente, diría sin rebozo, en la vía de las adaptaciones y reformas radicales. Encierra dos tendencias mezcladas en el interior de las mismas comunidades, pero cuya significación real me parece muy distinta. Entre unos, como los protestantes liberales, la religión tiende a vaciarse de todo contenido positivo y revelado para venir a transformarse en una suerte de religión natural y puramente racional. Entre los otros, por el contrario, se busca una vida espiritual verdadera, estimándose que para devolver al judaísmo su vitalidad religiosa es preciso desembarazarlo de las trabas de una observancia agobiante, inadaptada y desprovista, en las condiciones presentes, de un valor de vida religiosa. Los liberales son ordinariamente considerados por los ortodoxos como herejes.

»Queda finalmente una categoría importante pero difícil de captar y de catalogar, la de los judíos separados de toda práctica y de toda fe religiosa. ¡No pienso que

su proporción sea superior a la observada en la población de más de un país antes cristiano...!

»Me parece probable que una verdadera renovación de la religión judía, que sería para nosotros, cristianos, llena de promesas, tal vez lejanas pero precisamente por ello de mayor alcance, no puede ser esperada de los judíos liberales de América o Europa, sino de las generaciones que crecen en el país de Israel, precisamente. Estas conocen un levantamiento humano, moral y social; además, merced al país que habitan, a la lengua que hablan, a la tradición con la que se vuelven a encontrar, hallan de nuevo a la Biblia, a la verdadera tradición de Israel. Al propio tiempo se alejan, a pesar de la viva resistencia de la ortodoxia, de las tradiciones humanas acumuladas durante dos milenios de destierro. Todas estas aspiraciones pueden ir al encuentro de la necesidad religiosa que trabaja a las almas y no se puede prever hasta dónde llegarán ni cuáles serán las formas que tomarán las consecuencias de este reencuentro... Se puede, finalmente, prever que la evolución religiosa de los judíos de Israel ejercerá una cierta irradiación también sobre los judíos residentes en otros países.

- Para terminar, ¿podría decirme algunas palabras sobre la vida cultural judía?

— Apenas si puede hablarse de una cultura judía específica y uniforme. Ustedes conocen bien las grandes características de la cultura sefardita surgida en la edad de oro judeoárabe de la que España ostenta tantos recuerdos, pero de la que quedan pocos restos vivos en el judaísmo. Al lado de ésta, entre los judíos «aschkenasim» de Europa oriental, toda una cultura de expresión «yddisch» (judío-alemana) se ha desarrollado, con un folklore curioso, una vasta literatura, un arte dramático, etc. Esta cultura —toda verdadera cultura realmente— era de base religiosa, y los esfuerzos intelectuales en estos medios no tuvieron repercusiones importantes en otros terrenos. El Israel moderno no fué un creador de cultura profana, al igual que tampoco lo fué el Israel del Antiguo Testamento. Los judíos dispersados y en buena parte asimilados en otros países no han creado una cultura específicamente judía, sino que han contribuido, a veces en grado notable, a la cultura de su país de adopción, como ha sucedido en Francia, en Alemania, en Europa central.

»También desde el punto de vista cultural pueden esperarse evoluciones interesantes en el Estado de Israel. Indudablemente nacerá en él una cultura específicamente judía y neohebraica, sin que se puedan entrever con precisión sus características.

J. M. Martínez-Mari

París, verano de 1949.

Nos confiamos en esta sobrenatural esperanza

Ella, pues, Madre Santísima de todos los miembros de Cristo, a cuyo Corazón Inmaculado hemos consagrado confiadamente todos los hombres, la que ahora brilla en el cielo por la gloria de su cuerpo y de su alma y reina juntamente con su Hijo, obtenga de El con su apremiante intercesión que, de la excelsa Cabeza desciendan sin interrupción sobre todos los miembros del Cuerpo místico copiosos raudales de gracias; y con su eficazísimo patrocinio como en tiempos pasados, proteja también ahora a la Iglesia y alcance, por fin, de Dios, tiempos más tranquilos a Ella y a todo el género humano. Nos confiamos en esta sobrenatural esperanza.

Pío XII. Enc. «Mystici Corporis Christi.»

DE ACTUALIDAD

La Justicia y la Caridad, pilares de la sociedad civil. — La situación religiosa en la China comunista

La Justicia y la Caridad pilares de la sociedad civil

Al recibir en audiencia a un grupo de parlamentarios norteamericanos que viajan por Europa para inspeccionar las fuerzas armadas de su país, Su Santidad el Papa les dirigió un discurso en el que recordó las palabras de un filósofo romano sobre el hecho de que el temor a la guerra era peor que la guerra misma. Temor —dijo el Santo Padre— que no desaparecerá del mundo «mientras exista en la gran familia de las naciones un miembro siquiera que rechace el sentido moral de los derechos inalienables, y emplee la fuerza bruta para reducir a los ciudadanos a la condición de meras cosas dependientes de un Estado que no reconoce otro poder sobre sí».

Añadió el Papa que una ley, por justa que sea, «a duras penas podrá esperar a imponerse a no ser que la apoye una fuerza razonable»; pero la misión de esta fuerza ha de ser la de «defender y proteger los derechos del hombre que Dios otorgara y la ley confirma, nunca burlarlos ni pisotearlos».

La única garantía de la paz, agregó el Romano Pontífice, no puede descansar en la fuerza, sino en el alma de la nación: «en la vida espiritual de las gentes», que defiende a la familia, al niño, al trabajador, al patrón, porque todos deben disfrutar de los frutos de la vida en común. Los principios cristianos de la justicia y de la caridad, «fundados como son y deben ser en la religión, constituyen los dos firmes pilares en que descansa la sociedad civil. Si se arrancan estas bases, entonces ¡qué desastre más lamentable hace de su noble función el Estado!», concluyó diciendo el Santo Padre.

La situación religiosa en la China comunista

No obstante el aislamiento impuesto por los comunistas en las extensas regiones de China sujetas a su dominio, llegan a menudo importantes informaciones sobre los cambios operados en la vida social y política de dicha nación, ya por medio de algunos extranjeros recientemente salidos de aquel país, ya a través de ciertas cartas de misioneros que han logrado franquear el duro control de los funcionarios rojos.

En un próximo número de *CRISTIANDAD* reproduciremos, Dios mediante, algunos textos de estas cartas, que explican con detalles impresionantes y conmovedores el heroísmo cristiano de nuestros misioneros y la firme voluntad de mantenerse en su puesto de apostolado, frente a todas las amenazas e innumerables peligros que les acechan por doquier. Hoy nos limitaremos a resumir determinados aspectos de la situación religiosa en China, según datos y referencias suministrados por la «Agencia Fides».

En general, se aprecia una clara distinción en el modo de actuar del gobierno comunista en las grandes ciudades del que se emplea comúnmente en los pueblos. En las primeras no se han puesto, hasta el momento presente, dificultades insuperables al culto religioso propiamente dicho.

En los pueblos, por el contrario, varias iglesias han sido ocupadas y algunos centros misionales completamente destruidos. Innumerables son los cristianos que se han visto perseguidos por haber asistido a la Santa Misa y cumplir sus deberes religiosos.

Los misioneros no han sufrido, por lo regular, persecuciones sistemáticas. Claro está que nos referimos a los misioneros que se encuentran en las diócesis ocupadas últimamente por el ejército rojo, pues en otras zonas han sido muchos los que han padecido la muerte y la prisión, cuando no horribles tormentos. (Véase *CRISTIANDAD*, núm. 123, páginas 213-214.)

Sin embargo, se ha iniciado una política encaminada a impedir la obra de apostolado, mediante la imposición de fuertes contribuciones y multas que recaen sobre los edificios e instituciones religiosas, y que al no poder ser satisfechas suponen la incautación pura y simple de las iglesias, hospitales y escuelas católicas.

Así, en Shanghai, la propiedad ha sido obligada a tributar cien dólares al mes por cada «mou», es decir, por cada duodécima parte de hectárea. Del mismo modo, siguiendo esta refinada táctica, el hospital de Santa María ha sido condenado por un llamado Tribunal popular a pagar una multa de cerca de mil dólares y a indemnizar con otros novecientos diez dólares a una mujer que acusó al personal de dicha institución benéfica de negligencia en el cuidado de su hijo.

Muy desoladoras son las noticias relativas a los centros de enseñanza. En todos ellos los comunistas imponen una comisión de control, de la cual progresivamente van siendo eliminados los católicos, hasta convertir las escuelas misionales en escuelas comunistas o progresistas, según el nuevo calificativo puesto en circulación.

Las universidades católicas, la «Fu Jen», de Pekín, y la de «Altos Estudios», de Tientsin, son administradas por un comité integrado por dos sacerdotes, dos profesores, dos estudiantes y dos representantes del pueblo.

En Tientsin, la universidad, con sus secciones de letras, comercio e industria, continúa normalmente sus cursos. La de Pekín ha sido obligada a introducir un curso de marxismo. La «Hopei University», de Pekín, se ha convertido en universidad comunista: seis mil estudiantes han obtenido en medio año sus respectivos diplomas y han sido enviados al sur de China para hacer propaganda marxista.

¿Cuál será la actitud definitiva del régimen comunista chino en relación con las misiones? Es muy difícil dar una contestación precisa y exacta; pero teniendo en cuenta lo que viene ocurriendo en los pueblos europeos condenados a la esclavitud por los dirigentes soviéticos, no podemos ciertamente tener una impresión optimista.

Cuando el comunismo logre estabilizarse en aquel desdichado país, y los indicios que hay hasta el presente le son totalmente favorables, hay que esperar por desgracia una persecución abierta contra la Religión católica, contra sus ministros y hasta contra los fieles. Los antecedentes que tenemos sobre el particular con lo ocurrido en Manchuria no hacen concebir precisamente grandes esperanzas. A pesar de todo, la Iglesia católica de China, con la ayuda de Dios, cumplirá su misión hasta el fin.

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA



*Visite las Cuevas
de Artá*



Auto Crema Sintética
(auto-cream-creación americana)

Sin esfuerzo alguno y en pocos minutos
TIPTOP LIMPIA, PULE Y CRISTALIZA
la carrocería de su coche dejándola con un
BRILLO CRISTAL MARAVILLOSO

CONCESIONARIO PARA ESPAÑA: **MONT**
Avda. Generalísimo, 463 - Tel. 77180
B A R C E L O N A

VINOS DE MESA "MARFIL"

BLANCO Y TINTO

Angeles, 16
BARCELONA

DISTRIBUIDORES:

ESTEVE Y SAURET
de SAURET Y FLAQUER, S. R. C.

ALELLA LEGITIMO

Teléfono 14392

Reservado J. C. H.

C. 269

C. C.

CORNELLÁ

COLABORACION

ENRIQUE SERVENT

CONTRATISTA DE OBRAS

Mayor de Gracia, 7, 2.º, 2.º

Teléfono 72049

BARCELONA

RESERVADO
para el Arquitecto

J. LI.

C. I. T. A.

F. B. A.

BARCELONA

P. G. B.

SABADELL

*Vuele de Barcelona a París en 3 horas
a Londres en 6 horas*



OTRAS LÍNEAS EN ESPAÑA

**Madrid-Río-Montevideo
Buenos Aires**

TARIFAS:

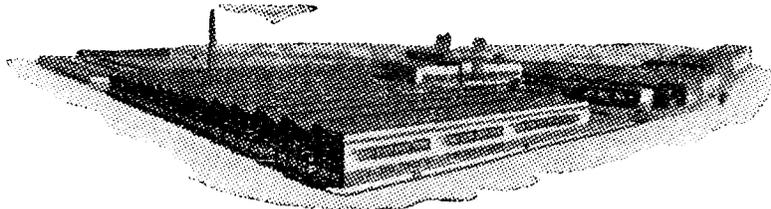
Barcelona-París 940 Ptas.
Comida a bordo comprendida.

AIR FRANCE

Paseo de Gracia, 11, 5.º, 1.º (Galería Condal) - Teléfono 26000

Solamente
VENDEMOS TEJIDOS DE CALIDAD
PAÑERIAS
Leunidas

CADENA DE ESTABLECIMIENTOS DISTRIBUIDORES TEXTILES
Organización Comercial de Venta de la SOCIEDAD ANÓNIMA MARCET, de Sabadell



LA PRIMERA FÁBRICA DE ESPAÑA EN TEJIDOS DE ESTAMBRE PARA CABALLERO, FUNDADA EN 1870

Agencias de venta

MADRID
Puerto del Sol, 3
Av. José Antonio, 26

BARCELONA
Fontanella, 3
Palayo, 50
Jaime I, 12
Mayor de Gracia, 76

LERIDA
Av. del Caudillo, 36

Fábrica
SABADELL - Carretera de RUBÍ

*Nuestras telas son garantizadas
de pura lana, sin mezcla de
fibras de rayón ni vegetales.*

*Descuentos especiales
para la sastrería.*

